

PROPIEDAD DEL DIABLO

CLARK CARRADOS

Transcurrieron unos minutos. El guía se detuvo de pronto.

Todos los demás se detuvieron también y giraron para dar frente a las aguas del pantano. Creys se preguntó qué podría suceder.

Boko trotó por detrás de ellos, sin duda para unirse a la cabeza de la procesión. Creys y Dinorah intercambiaron una mirada.

Recuerde susurró él, mantenga la serenidad, pase lo que pase.

Dinorah contestó con un imperceptible gesto de asentimiento.

De repente, lo vio a la luz de las antorchas.

Caine estuvo a punto de gritar.

Pero logró contenerse a tiempo. Casi en el mismo instante, burbujearon las aguas del pantano.

Algo horrible y sin nombre se movía en su interior, Dinorah sintió un escalofrío de terror.



Clark Carrados

Propiedad del Diablo

Bolsilibros: Selección Terror - 5

ePub r1.2
xico_weno 16.11.16

Título original: *Propiedad del Diablo*
Clark Carrados, 1973
Portada: Alberto Pujolar

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPITULO PRIMERO

Aquella aldea le causó una impresión muy poco favorable, aunque, por fortuna, iba a estar poco tiempo, lo justo para que le reparasen la avería de su coche. Payneville era uno de los sitios que jamás habría elegido Dinorah Webb para vivir permanentemente.

La población, sin embargo, no se podía decir que fuese sucia o que sus edificios, no muy abundantes, estuviesen descuidados, y la gente, los pocos habitantes que había podido ver, iban limpios y parecían gozar de una relativa prosperidad, en contraste con otras poblaciones parecidas del deprimido sur. Pero flotaba algo en el ambiente que hacía la estancia desagradable.

O, al menos, así se lo parecía a ella. Dinorah se preguntaba cómo había podido ir a parar a Payneville, cuando no tenía ninguna necesidad de haber tomado el ramal que conducía a la aldea. Quizá era su curiosidad por conocer nuevas tierras y, naturalmente, también sobra de un poco de tiempo.

Dinorah sostenía la opinión de que no había que pasar por la vida a toda velocidad. Era preciso disfrutarla lentamente, saboreando plenamente cada momento que transcurría. Sí, podía estar ya llegando a Nueva Orleáns, pero se hubiese limitado a hacer lo que otros miles de automovilistas: correr a ciento veinte por la autopista, con los ojos alternativamente fijos en el coche de delante y en el tablero de instrumentos del coche.

Y así no se veía nada ni se disfrutaban las cosas buenas de la vida. Vivir intensamente no era correr más que los demás, sino disfrutar plenamente de cada momento de la existencia y en la ocasión adecuada.

Una voz sacó a Dinorah de sus abstracciones. Había llegado a sumirse tan absolutamente en aquellas reflexiones, que durante unos instantes se había olvidado por completo de su coche.

Y de la importuna avería sufrida a la entrada de Payneville.

El mecánico, un hombre de unos 50 años, de rostro bovino y expresión neutra, se le acercaba limpiándose las manos con un paño.

—Señorita, esa avería me costará todavía una hora —dijo—. No es nada del otro mundo, pero montar y desmontar las piezas lleva mucho tiempo.

—Ya —dijo Dinorah, tratando de ocultar la decepción que sufría —. En ese caso, me iré a pasear un poco por el pueblo.

—A su gusto, señorita.

De repente, una enorme sombra se dibujó en el suelo de la puerta del taller. Dinorah se sobresaltó un poco al verla.

—Jasper, esta noche —dijo alguien, de voz muy gruesa, pero, al mismo tiempo, chirriante y áspera.

Dinorah se volvió. Delante de ella había un individuo gigantesco, de dos metros de estatura al menos, y una corpulencia fenomenal. Usaba sombrero de paja de anchas alas, pero Dinorah estaba segura de que debajo de la copa había un cráneo afeitado.

Los ojos del gigante eran muy claros, casi parecía como si el blanco del globo se prolongase en las pupilas. Su boca era ancha, pero de labios muy delgados. «Si tuviese las orejas picudas se podría pensar en un ser de otro mundo», pensó la muchacha.

—Está bien, Boko —contestó el dueño del taller con voz inexpresiva.

—Sé puntual, Jasper.

—Sí, Boko.

El gigante dio media vuelta y se marchó. A Dinorah le extrañó que sus pisadas no hicieran retemblar las casas del pueblo.

—Volveré dentro de una hora, señor Malkins —se dirigió al mecánico.

—Sí, señorita.

Dinorah giró sobre sus talones y echó a andar. La calle Mayor era recta por completo y se veía la carretera que se perdía en el horizonte, entre los bosques que rodeaban a la población. A unos dos kilómetros, el camino ascendía en suave pendiente, sin necesidad de curvas, hasta alcanzar la cota máxima de una colina que parecía dominar el paisaje circundante.

Payneville era una población apacible y quieta. Dinorah había estado en pueblos silenciosos y se había sentido encantada, pero en

Payneville las cosas eran distintas. Aquel silencio la agobiaba y envolvía con unas ondas indefiniblemente misteriosas, como si la sombra de un ser extraño y poderoso vagase sobre la población y la sujetase a sus poderes de ultratumba.

Vio un café con veranda y algunas mesas bajo la marquesina y sintió deseos de tomar algo fresco. Subió la escalera que permitía el acceso a la veranda y se sentó en una butaca de mimbre. De pronto, se echó a reír de sus aprensiones.

«Soy una tonta —se dijo—. Mi imaginación se dispara en seguida. El pueblo está silencioso y no se ve a nadie, porque todo el mundo está trabajando».

Una muchacha alta y robusta, de pelo pajizo y ojos vacuos, apareció de pronto en la puerta de la cafetería.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Algo frío —indicó Dinorah—. Una botella de tónica, con unas gotas de ginebra y unas cortezas de limón, por ejemplo.

Dudaba mucho de que en Payneville pudieran servirle su bebida favorita, pero la chica de los ojos vacuos asintió en silencio y se volvió adentro.

De cuando en cuando, se veían algunas personas por la calle Mayor: una mujer, un hombre…, pero nunca chiquillos. Estarían en la escuela, pensó Deborah. Sin embargo, había una cosa en común a todos los habitantes de Payneville: su paso cansino y la expresión de abatimiento y resignación que se reflejaba en todos los rostros, los cuales, por otra parte, tenían una extraña palidez, que no se compaginaba en modo alguno con el sol que lucía fulgurante en las alturas.

Otra de las cosas que extrañaron a Dinorah fue la total ausencia de personas de color en Payneville. ¿Por qué no había un solo ser de raza negra, ni tan siquiera mestizos, en una población del Sur Profundo, a menos de doscientos kilómetros de Nueva Orleáns y del Mississippi?

No había cosas dignas de mención en Payneville que mereciesen una visita, por lo que Dinorah permaneció en la terraza, hasta que le pareció era hora de volver al taller. Entonces hizo ruido con el vaso para que saliese la camarera.

—Dígame qué le debo, por favor —pidió, cuando la chica estuvo a su lado.

—Medio dólar, señorita —contestó la camarera.

Dinorah abrió el bolso. Sacó un dólar y lo puso sobre la mesa.

—Guárdese la vuelta —indicó, con amable sonrisa.

Y se puso en pie.

La camarera continuaba frente a ella, mirándola de un modo extraño y turbador.

—¿Sucede algo? —preguntó Dinorah, intrigada.

—Usted es forastera —dijo la otra.

—Sí, vivo en Nueva Orleáns…

—Es usted una mujer muy afortunada, señorita. Pero permítame que le dé un consejo sincero: no vuelva jamás por Payneville. Es un pueblo maldito de Dios, es la posesión del diablo…

—¡Vylda!

Una voz bronca acababa de sonar en la calle. Dinorah volvió la cabeza y divisó de nuevo a Boko, el gigante.

—Esta noche, Vylda —dijo Boko.

Dinorah miró a la camarera. Su tez, extrañamente blanca de ordinario, aparecía ahora cubierta de una espantosa lividez.

—Pero, Boko, yo…

El gigante cortó de raíz la incipiente protesta de la muchacha.

—Ya lo has oído —exclamó, sin alterar su expresión.

Vylda bajó la cabeza. Dinorah vio que dos lágrimas rodaban por sus mejillas.

Dinorah sintió una infinita compasión por la muchacha. Boko, una vez hubo hablado, se alejó de nuevo, sin conceder a la forastera una sola mirada.

—Vylda, ¿puedo hacer algo por usted? —preguntó Dinorah, en un súbito arranque.

—No, no —contestó la muchacha con voz crispada—. Váyase pronto de este pueblo maldito de Dios… Váyase, se lo ruego…

De pronto, Vylda dio media vuelta y echó a correr, desapareciendo en el interior de la taberna. Dinorah se quedó perpleja e irresoluta, pero el instinto le dijo que no debía inmiscuirse en problemas que no eran suyos y que, probablemente, no podría resolver tampoco.

Además, aquellos lugareños no agradecerían tampoco su intervención. Lo mejor era marcharse, decidió.

Regresó al taller. Malkins no estaba.

—¡Eh! —llamó, con un fuerte grito.

Un hombre salió desde el fondo. Era joven y no mal parecido. Cosa extraña: sonreía.

—Usted dirá, señora —habló con voz agradable.

—Mi coche…

—Ah, sí, ya está listo. Son cinco dólares, señora.

—¿Es usted empleado del señor Malkins? —preguntó Dinorah.

—Le ayudo a veces. Me llamo Stephen Wast.

Dinorah sacó el dinero.

—Hubiese querido hablar con el señor Malkins —declaró.

—Ha salido. Tardará en volver —contestó Wast.

A Dinorah le pareció una respuesta falsa, insincera. Pero casi empezaba a sentir miedo.

Wast sonreía. Su sonrisa, sin embargo, carecía de amabilidad; era la sonrisa de un lobo dispuesto a morder en el cuello de su presa.

—Salúdele en mi nombre cuando lo vea —dijo, al entregar el dinero.

—Así lo haré —prometió Wast.

Dinorah montó en el coche. Dio el contacto y arrancó.

Durante unos segundos, creyó sentirse perseguida por una legión de diablos invisibles. Al salir de la población, aceleró. La carretera no estaba asfaltada; detrás de ella quedaba una espesa nube de polvo.

Pero al llegar a la cúspide de la colina, un sentimiento irresistible de curiosidad la hizo detener el coche y volverse para mirar atrás. A lo lejos, hacia su derecha, divisó una gran casa entre los bosques. No pudo apreciar muchos detalles, porque sólo se veía el tejado, de pizarra gris. La casa estaba a unos dos kilómetros y medio.

Payneville se hallaba a una distancia análoga. Dinorah escorzó más la cabeza y vio una nube amarillenta, muy tenue, que avanzaba con singular rapidez hacia la población.

De súbito, Payneville desapareció ante sus ojos. Aterrada, Dinorah embragó de nuevo y arrancó a toda velocidad, huyendo enloquecida de aquel lugar que una muchacha había calificado como la posesión del diablo.

Capitulo II

—¿Qué noticias hay de Jim?

—¿Noticias de Jim? Pero ¿es que estaba fuera?

Alden P. Bates miró con sorpresa al hombre que hojeaba unos papeles en su despacho. Donald Creys era un hombre joven, fornido y de expresión resuella y enérgica, uno de los mejores investigadores de la acreditada agencia de detectives fundada y dirigida por Bates. Por eso, a Bates, le pareció extraño que Creys no supiera nada de su compañero Jim Lomax.

—Don, Jim se fue hace dos semanas a un pueblo llamado Payneville. Es tan pequeño, que ni siquiera figura en los mapas… Bueno, esto es un decir, claro, pero lo cierto es que Payneville tiene una población que no llega a los doscientos habitantes. Dijo que estaría allí cuatro o cinco días, una semana como máximo, y todavía no ha vuelto.

—Lo siento, jefe —contestó Creys—. Yo he vuelto hoy mismo de Austin. Ni siquiera sabía que Jim estuviese fuera de Nueva Orleáns.

Bates frunció el ceño.

—Es cierto —convino—. A veces soy un poco distraído y… Bien, eso me preocupa bastante, Don —añadió—. Jim no es hombre que deje pasar tantos días sin emitir un informe de sus actividades.

—Si le hubiera pasado algo malo, lo sabríamos, ¿no cree?

—A menos que lo ignoremos para siempre, Don.

—Oiga, jefe, usa usted un acento demasiado tétrico para hablar de Jim. ¿Por qué había de pasarle nada malo? Es inteligente y astuto…

—Don, yo he conocido a muchos hombres inteligentes y astutos que desaparecieron sin dejar rastro. Ojalá no sea ése el caso de Jim.

—Es usted demasiado pesimista —sonrió Creys—. Pero, a todo esto, aún no sé por qué viajó Jim a Payneville.

—Tampoco yo, si he de decirte la verdad —contestó Bates

pensativamente—. Jim me pidió permiso para ir a Payneville, con objeto, según dijo, de encontrarse allí con un antiguo camarada de armas, quien, según parece, se encontraba en un apuro. Como en esos momentos no había demasiado trabajo en la agencia, le concedí el permiso… y eso es todo lo que sé.

—¿Conoce usted, al menos, el nombre del amigo de Jim?

Bates hizo un gesto negativo.

—No, lo siento; él no me lo dijo —respondió—. Pero ya tenía que haber vuelto. Me siento preocupado, te lo confieso sinceramente. Jim no es hombre que deje pasar tantos días sin noticias suyas, insisto.

—Sí, en eso tiene usted razón —concordó Creys—. Pero, imagino, en Payneville habrá algún hotel. Y un teléfono también. Aunque quizá Jim se hospedó en casa de su amigo.

—Lo que sí habrá, al menos, es un jefe de policía. Me informaré y haré una llamada. En una población tan pequeña como Payneville, la llegada de un forastero no podrá por menos que haber llamado la atención.

—Eso es cierto, jefe. Además, el amigo de Jim lo habrá presentado a gentes del pueblo. Es lo que suele hacerse en casos semejantes.

Bates levantó el teléfono y pidió información a la central de Nueva Orleáns. Momentos después, recibía una respuesta desconcertante:

—En Payneville no hay teléfonos. Hubo dos, pero sus dueños cancelaron el contrato hará cosa de año y medio y ninguna otra persona más de dicha ciudad ha solicitado la instalación de un teléfono a partir de entonces.

Los dos hombres se miraron desconcertados.

—Extraño —comentó Creys—. Una ciudad sin teléfono… en esta época.

—Quizá vivan así más felices —dijo Bates—. Bien, de todas formas, Payneville no está tan lejos como para no ir y volver en el día. Madrugando un poco, por supuesto, Don.

Creys consultó la hora en su reloj de pulsera.

—Son las doce y media ya, jefe —manifestó—. ¿Qué le parece si lo dejamos para mañana? Además, y aún a riesgo de que Jim se enfade, iré a su departamento para ver si encuentro algo referente

al amigo de Payneville. De este modo, podré ir allí, conociendo un nombre, por lo menos.

—No es mala idea —aprobó Bates—. Si encuentras algo de interés, avísame en seguida.

—Bien, jefe.

Creys dejó los papeles a un lado y abandonó la oficina. Antes de ir al departamento de su amigo, tomaría un bocadillo. Era ya la hora de almorzar y éste era un rito que Creys respetaba siempre que le era posible.

* * *

La muchacha buscaba algo en su bolso. A Creys le pareció que no encontraba su monedero.

—Si no tiene inconveniente, señorita, yo abonaré su gasto —dijo él galantemente.

Dinorah alzó la vista y sonrió.

—No quisiera ser una carga económica para usted —respondió de buen humor—. Hablando con sinceridad, he olvidado el dinero en casa.

—Entonces, no se hable más. ¡Mozo!

El barman dijo lo que se debía. Creys pagó las dos notas.

—Algún día podré presumir de haber invitado a almorzar a la famosa Dinorah Webb —dijo.

Ella sonrió.

—Me ha reconocido —dijo.

—Tiene usted un rostro inconfundible. Y yo buena memoria, señorita Webb.

—Sólo he aparecido una vez en la portada del N. O. Magazine —alegó Dinorah.

—Por eso dije antes que tengo buena memoria. Ah, olvidaba presentarme. Me llamo Donald Creys. Naturalmente, todo el mundo me llama Don.

—Sí, es lo corriente —contestó ella con brillante sonrisa—. Me alegra mucho haberle conocido, señor Creys.

—Don, ya se lo he dicho…

—Todavía es demasiado pronto.

—Lo siento —suspiró él—, y es un sentimiento por partida doble. Me gustaría invitarla mañana también a almorzar. O mejor a

cenar; pero me es imposible. Tengo que salir de viaje. Cosas del oficio, ¿sabe?

—No, no lo sé —dijo Dinorah riendo—. ¿Cuál es su oficio?

—Investigador privado. Por eso tengo que viajar mañana a un mísero pueblo llamado Payneville.

—¡Payneville!

Dinorah repitió el nombre con gesto de infinita sorpresa. Creys lo notó y se sintió extrañado de ello.

—¿Conoce usted esa población, señorita Webb? —preguntó.

—A decir verdad, sólo estuve allí poco más de una hora —respondió la joven—. Pero salí desagradablemente impresionada, se lo aseguro.

—¿Puedo saber lo que le ocurrió?

—A decir verdad, ni yo misma lo sé de un modo claro. —Dinorah le explicó las observaciones realizadas durante su breve estancia en Payneville y añadió—: Vylda, la camarera, me dijo que yo era una mujer afortunada por no vivir en lo que ella llamaba un pueblo maldito de Dios… la posesión del diablo. Créame, Payneville es un sitio muy desagradable.

—Mi oficio me exige acudir a sitios muy desagradables —manifestó Creys—. En cuanto a lo que esa muchacha declaró, ¿no lo tomó usted tal vez como superstición o cosa parecida?

Dinorah hizo un gesto ambiguo.

—Es probable —convino—. De todas formas, ya le he dicho que Payneville no me gustó en absoluto. No podría expresar un motivo concreto; quizá me llame usted aprensiva o algo por el estilo… o acaso se trate del instinto. Repito que me resulta difícil explicarlo.

—En las pequeñas comunidades pasan a veces cosas muy raras y sus habitantes se muestran reacios a explayare con los forasteros —apuntó el investigador—. Son como moluscos encerrados en sus valvas o como murciélagos a los que hiere la luz del día; y no les gustan las gentes que tratan de penetrar en su intimidad. O que ellos creen que lo harán.

—Es una opinión muy certera, pero, repito, Payneville es un sitio al que no pienso volver.

—Usted, una periodista audaz e inteligente, ¿no quiere ir a un sitio en dónde tal vez sucedan cosas fantásticas, que puedan merecer la atención de sus lectores? —dijo Creys con cierta sorna.

—No se burle de mí, ni trate de picar mi amor propio. —Contestó Dinorah—. En Payneville no hay nada que pueda atraer la atención de los lectores del N. O. Magazine. Y, como ya se me hace un poco tarde, permítame despedirme, señor Creys —dijo Dinorah, al mismo tiempo que se apeaba de su taburete.

—Iré a visitarla apenas regrese de allí —prometió él.

Dinorah le dirigió una cálida sonrisa y luego se encaminó hacia la salida. Creys encendió un cigarrillo y la contempló hasta que hubo desaparecido de su vista.

De pronto, recordó que debía hacer algo. Esperaba que Jim Lomax no se enfadase cuando, a su regreso de Payneville, le dijera que había estado husmeando en su departamento.

El conserje del edificio le conocía sobradamente y no mostró ningún reparo en dejarle la llave maestra. Jim Lomax vivía en un pequeño estudio, situado en una de las últimas plantas. Como él, era soltero y prefería vivienda propia a residir en un hotel.

Creys abrió la puerta del departamento y cruzó el umbral. A primera vista, todo parecía en orden.

El conserje le había dicho que una mujer iba todos los días a hacer la limpieza del piso. Ello explicaba el orden que reinaba allí.

Sin saber por dónde empezar, Creys husmeó en distintos lugares, fiando su labor un poco al azar. De pronto, encontró una vieja fotografía de dos hombres en uniforme.

Uno de ellos era Jim. La fotografía databa de casi diez años antes y, evidentemente, había sido hecha mientras ambos cumplían su servicio militar. Por la fecha que figuraba en el dorso de la cartulina, Creys calculó que la fotografía había sido hecha en vísperas del licenciamiento de los dos soldados.

Lomax tenía una mesa de trabajo en la que, a veces, realizaba los informes de sus actividades. Creys le había visto escribiendo en ella más de una vez.

La máquina de escribir tenía la funda puesta, pero no había ningún papel en el rodillo. Dentro de la carpeta, encontró una carta firmada por Bill Peale, el antiguo camarada de armas de Lomax.

Creys empezó a leer la carta, que decía:

«Querido Jim: Hace años, cuando nos separamos, después del servicio militar, prometimos ayudarnos el uno al otro, si un día lo necesitábamos. Siempre pensé que, al menos en mi caso, sería una

frase de circunstancias, pero estaba equivocado.

»Jim, ven pronto a Payneville. No te llamaría si no precisara de tu ayuda. Nos hemos escrito con alguna frecuencia y sé cuál es tu profesión. Por eso quiero que vengas y…».

Creys estaba vuelto de espaldas a la puerta. Por eso no se enteró de que había otra persona en el departamento hasta que sintió un tremendo golpe en el cráneo. Le pareció que el cerebro se le deshacía en una tremenda explosión y luego, todo se hizo negro delante de sus ojos.

CAPITULO III

—Preocupante, ¿no cree, jefe?

Bates hizo un gesto de asentimiento, mientras llenaba las copas de nuevo. Los dos hombres estaban hablando en el despacho particular de la residencia privada del director de la agencia, a la que Creys había acudido, después de recobrarse del ataque sufrido en casa de su amigo.

—Sí, es preocupante —concordó Bates—. Pero, Don, ¿no pudiste enterarte del resto de la carta?

—Lo siento, no tuve tiempo —se disculpó Creys—. Apenas había empezado a leerla, cuando el intruso me atacó, dejándome sin sentido al primer golpe. Sólo pude enterarme de que Peale invocaba la amistad existente entre él y Jim y que le pedía a éste que fuese pronto a Payneville. Pero eso es todo lo que sé.

—A Jim le ha pasado algo, estoy seguro de ello. La carta de Peale, por supuesto, no apareció después.

—Se la llevó el tipo que me atacó. Yo diría que vino a tiro hecho, jefe.

—Es lo más probable, Don. Y eso significa que hay alguien que no quiere que se sepa lo que le pasó a Jim.

Creys se estremeció.

—¿Lo habrán asesinado? —murmuró.

—En Payneville encontrarás quien te diga lo que le sucedió a Jim. Es un pueblo pequeño y…

Sin saber por qué, Creys se acordó de Dinorah Webb.

—Este mediodía, hablé con una chica que estuvo en Payneville hace muy poco —manifestó—. Ella me contó que se había sentido muy desfavorablemente impresionada de la población. Aún más, una camarera le dijo que Payneville era un pueblo maldito de Dios, propiedad del demonio o algo por el estilo.

—Bah, supersticiones de los lugareños —exclamó Bates

desdeñosamente—. A veces, las personas que viven en pequeñas poblaciones hablan de esa manera. Pero no te preocupes por supersticiones ni por fantasmas más o menos locales. Encontrar a Jim es lo que interesa, ¿comprendes?

—Sí, señor.

—Don, te diré una cosa. A veces, os parezco demasiado duro, exigente, incluso brusco y hasta déspota si tú quieres. Pero cuando a uno de mis hombres le pasa algo, yo le apoyo con todas mis fuerzas, hasta el fin, sin importarme las cabezas que puedan rodar. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

—Otra de sus cualidades es la franqueza, señor —sonrió Creys —. Gracias por lo que me ha dicho; resulta reconfortante.

—Un jefe tiene que ser así o su negocio no marchará bien jamás. Y, a propósito, ¿se te ha ocurrido hablar con el conserje, para saber si vio entrar o salir a algún tipo sospechoso en el edificio?

—Es lo primero que hice en cuanto recobré el conocimiento, señor —contestó el joven—. Pero conviene tener en cuenta que la casa donde vive Jim es enorme y que todo el día entran y salen muchas personas. Hay viviendas, oficinas, despachos, varias tiendas en el interior de la planta baja… A pesar de todo, él vio a una mujer muy hermosa, rubia, que se dirigió hacia uno de los ascensores privados, y que le resultó desconocida. Es la única pista que tenemos.

—Una pista más bien pobre —farfulló Bates disgustadamente.

—El conserje es un tipo bastante observador. Una de las cosas en que se fijó fue el gran bolso de piel que llevaba la mujer, con unas enormes letras de plata o metal plateado, una especie de adorno modernista. Pero sólo pudo decirme que las letras eran: V. H. Eso es todo, jefe.

—Nada, nada en absoluto —dijo Bates, quien, en su interior, empezaba a sospechar lo peor acerca de Jim Lomax—. Bueno, tú ya tienes algo que hacer, Don. Encomendaré a otro el asunto McScagh.

—McScagh —repitió Creys pensativamente—. Ese famoso millonario que se retiró a la vida privada, después del escandaloso proceso por corrupción y violación que se le siguió hará un par de años, y del que nadie conoce su paradero.

—Exacto, Don.

—¿Qué le sucede ahora a McScagh, jefe?

—Hay una mujer que asegura ser su legítima esposa y quiere que se le encuentre. No es que le ame; lo que le interesa es que le pague la pensión alimenticia a que dice tener derecho. Y, según la ley, son muchos miles de dólares los que tendría que pagarle McScagh.

—En el proceso se sacaron a relucir muchas cosas nada agradables —dijo Creys—. Se dijo, incluso, que tenía algo así como un harén, compuesto por media docena de jóvenes, a las cuales retenía poco menos que a la fuerza o algo por el estilo.

—Y cosas todavía peores, pero, repito: tu asunto se llama Jim Lomax. ¡Suerte, Don!

—La necesitaré, jefe.

* * *

El pueblo era tal como Dinorah lo había descrito. También Creys sintió una extraña sensación de agobio al apearse de su coche y pasear la vista a su alrededor. Las casas estaban bien cuidadas y las pocas personas que se veían por la calle vestían con modestia, aunque no pobremente. El silencio era casi total.

Creys se había detenido delante de la que estimó única cantina del pueblo. Subió a la veranda y pasó al interior.

La taberna aparecía desierta en aquel momento. Creys golpeó el mostrador con la mano.

—¡Eh! ¿No hay quien atienda a un cliente sediento? —gritó.

Frente a él había una cortina de cuentas de azabache, ensartadas en cordoncillos. Dos manos apartaron la cortina. Las cuentas tintinearon opacamente.

—Buenos días, señor —saludó la joven.

—Buenos días, señorita. Cerveza, por favor.

—Al momento, señor.

Creys reparó en la intensa palidez que aparecía en el rostro de la cantinera. Vylda puso sobre el mostrador una jarra llena de cerveza, pero el forastero no hizo el menor ademán por probarla.

—Habrá un hotel, supongo —dijo.

—Sí, dos manzanas más abajo, hacia el Este. ¿Va a quedarse en Payneville, señor?

—Tal vez unos días —sonrió Creys—. Es una población muy tranquila, me parece. Yo diría que es incluso lo que estaba

buscando. Soy escritor, ¿sabe? —mintió, sin dejar de sonreír.

Vylda permanecía obstinadamente seria.

—El dueño del hotel se llama Rob Caine —dijo—. Un dólar, por favor, señor.

—Sí, Vylda.

Ella hizo un leve gesto de sorpresa.

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó.

—Un amigo me escribió. Dijo que si un día venía yo a Payneville, me encontraría con la cantinera más bonita del mundo. Usted, claro.

—¿Tiene usted un amigo en este pueblo?

—Se llama Bill Peale.

La cara de Vylda se demudó horriblemente.

—¡Bill Peale! —dijo, casi a gritos.

—Usted le conoce, ¿no es eso? —preguntó Creys, simulando no haber advertido la enorme conmoción sufrida por la joven.

Alguien tosió de pronto en la puerta:

—Ejem, ejem… ¿Molesto?

Creys se volvió. Un hombre joven, aunque algo mayor que él, y de aspecto agradable, estaba apoyado en una de las jambas de la puerta.

—¿Por qué iba a molestar, amigo? —Sonrió Creys—. Entre y tomaremos juntos una copa. O una cerveza, como prefiera. A mí me gusta más la cerveza, hace mucho calor.

—Sí, es cierto —convino Wast—. Vylda, tengo que hablar contigo —se dirigió a la cantinera.

—Cu… cuando usted quiera, señor Wast —contestó ella con voz trémula.

Al forastero le extrañó el temor que se reflejaba en la respuesta de Vylda, si bien, discreto, se abstuvo de formular el menor comentario. Pero se dijo que la aparición de Wast había sido muy inoportuna.

O quizá demasiado oportuna, según se mirase.

—No ha dicho nada de mi invitación —le recordó con acento intrascendente.

—Otro rato, amigo —contestó Wast con displicencia.

Creys entendió que era una respuesta destinada a indicarle que sobraba allí. No convenía mostrarse demasiado insistente desde los

primeros momentos.

—Sí, otro rato. Gracias, Vylda —se despidió.

Al pasar junto a Wast, éste le preguntó:

—¿De paso por Payneville?

—No. Me quedaré unos días —respondió Creys.

Y siguió andando.

* * *

El dueño del hotel era bajo, achaparrado y muy cargado de hombros. Cojeaba ostensiblemente de la pierna derecha y, por si fuese poco, su párpado izquierdo era perezoso, lo que hacía que el ojo de aquel lado estuviese prácticamente cerrado todo el tiempo.

A Creys le recordó vagamente las descripciones literarias de Quasimodo, el famoso jorobado de Nuestra Señora de París. Pero, al menos, Rob Caine iba relativamente bien vestido, limpio y con cada pelo en su sitio.

—El señor dirá —murmuró Caine, cuando vio al forastero frente al mostrador de recepción.

—Una habitación —pidió Creys—. Mi equipaje está en el coche.

Caine pareció sorprenderse de la solicitud.

—¿Qué pasa? —preguntó Creys—. ¿No hay habitaciones libres?

—Oh, sí, señor. Todas.

—Vaya, no hay mucha clientela, ¿eh?

—¿Clientela? ¿Quién quiere venir a este pueblo, que es propiedad del diablo? —rezongó el hotelero.

Creys tomó buena nota de la frase. Era una repetición de la que Dinorah Webb había pronunciado en su presencia dos días antes.

—No sabía que el diablo tuviera posesiones terrenales —comentó festivamente.

Caine ya no dijo nada. Abrió el libro de registro y se lo puso delante.

—Firme —indicó.

El forastero escribió: Donald Creys, escritor. Procedente de Nueva Orleáns.

Luego recibió la llave de su habitación.

Creys miró el número. No era supersticioso, pero en muchos hoteles no había piso decimotercero ni, por supuesto, ninguna habitación señalada con el número 13.

En el único hotel de Payneville sí había una habitación número 13.

CAPITULO IV

La noche era cálida y sofocante. El silencio era absoluto; incluso resultaba deprimente para un hombre que venía de una urbe populosa y estridente.

Una mujer de bastantes años le había servido la cena en su habitación. Creys había intentado entablar conversación con ella.

Resultó un fracaso. Por señas, ella le dijo que era sordomuda.

Tendido en la cama, con la luz apagada, aunque vestido todavía, reflexionaba.

Ahora empezaba a comprender a Dinorah. El ambiente de Payneville resultaba agobiador. Casi atacaba los nervios.

Se preguntó qué habría sido de su amigo Lomax. Vylda no había terminado de hablar, debido a la súbita interrupción de Wast. Era indudable que Vylda sabía algo, pero tendría que buscar el medio de hablar con ella sin testigos.

Consultó la hora. Pronto darían las doce de la noche. La taberna estaría aún abierta. ¿Por qué no ir allí?

Saltó de la cama y, sin encender la luz siquiera, agarró la chaqueta y se la puso. Abrió la puerta y, en el mismo momento, oyó voces en el vestíbulo.

—El forastero está arriba, supongo.

—Sí, señor Wast.

—¿Cuál es su habitación?

—Número trece, señor.

Sonó una risita.

—Es usted un humorista, Rob —dijo Wast—. ¿Le ha hecho muchas preguntas el forastero?

—No, señor. Se ha mostrado discreto y reservado.

—¡Hum! Eso no me gusta, Rob. ¿De veras no le ha preguntado por un tal Jim Lomax?

—¿Quién es Jim Lomax?

Wast rió de nuevo.

—Es usted un tipo inapreciable, Rob. Siga así, le conviene —dijo.

De pronto, se oyó una tercera voz, bronca, de matices muy profundos, como emergiendo de un tórax de enorme capacidad pulmonar:

—Rob, esta noche le toca a tu mujer.

—¡No! —gritó el hotelero—. ¡No lo consentiré…!

—Rob, Boko ha dado una orden —intervino Wast—. ¿Dónde está la señora Caine?

—Aquí —sonó de pronto una voz femenina.

De puntillas, Creys se asomó a la esquina de la escalera, para ver lo que sucedía en el vestíbulo. Había cuatro personas ahora, una de las cuales era Edith Caine, la mujer del hotelero.

El gigante impresionó muchísimo a Creys. Era un verdadero monstruo con figura humana. Creys estaba seguro de que pesaba más de ciento veinte kilos y medía, al menos, dos metros.

Edith Caine aparentaba unos cuarenta años, era algo más alta que su esposo y estaba bastante bien conservada. Creys no dejó de captar el aire de resignación que se observaba en sus facciones.

—Esta noche, Edith —dijo Boko.

—Bien, iré —contestó ella con voz inexpresiva.

Boko giró sobre sus talones y salió. Wast se quedó todavía unos instantes en el vestíbulo.

—De modo que la habitación número trece, ¿eh, Rob?

—Sí, señor —contestó Caine.

Wast le dio una palmadita en el hombro.

—Muy bien, gracias por el informe. Buenas noches, Edith —se despidió.

Los dos esposos quedaron solos. Entonces, Caine agarró a su mujer por los hombros y la zarandeó con violencia.

—¡Edith! —gritó—. ¡No quiero que vayas! ¿Me has oído? No irás allí… Soy tu marido y te lo prohíbo…

Ella se separó de Caine.

—Tengo que ir. Es mi obligación, Rob —dijo.

Y echó a andar hacia la puerta.

Caine quedó en el centro del vestíbulo, con la cabeza baja y los puños crispados. Creys lo contempló durante unos momentos y, de

pronto, concibió una idea.

Seguiría a Edith. Tiempo tendría de hablar con su esposo.

Caine abandonó el vestíbulo. Entonces, Creys corrió escaleras abajo y alcanzó la puerta del hotel.

Antes de salir, sin embargo, se asomó cautelosamente. Entonces presenció una escena que le llenó de morbosa estupefacción.

Edith Caine caminaba por el centro de la calle Mayor, absolutamente desierta, y lo hacía en línea recta sin mirar a derecha e izquierda, como un muñeco con ropas de mujer. A Creys le pareció que Edith estaba drogada.

—O tal vez sujeta a una fortísima sugestión hipnótica, que le resulta imposible evadir —especuló mentalmente.

En aquellos momentos, Edith alcanzaba ya la salida del pueblo. Creys decidió seguirla con la mayor discreción posible.

De pronto, Edith torció hacia su derecha y desapareció de la vista del joven. Creys salió del hotel y corrió sin hacer ruido, pegado a las casas. En unos instantes alcanzó el final de Payneville.

Torció igualmente hacia la derecha. Más allá, sólo había oscuridad.

Creys era humano. Sintió miedo.

Era un temor indefinible, cuyas causas no conocía, un miedo que era superior a sus propias fuerzas, una especie de horror que había invadido de golpe su ánimo. Era un sentimiento muy parecido al de los chiquillos al quedarse solos en la oscuridad.

De pronto, oyó pasos en las inmediaciones.

Eran unos pasos muy rápidos. Alguien acudía a la carrera.

Creys saltó a un lado, buscando la protección de una pared, a la que no llegaban las últimas y poco potentes luces del pueblo. Un hombre apareció repentinamente ante sus ojos.

Era Rob Caine, el hotelero.

* * *

Caine se detuvo sin verle, alargando el cuello, para escudriñar en las tinieblas. Su detención, sin embargo, duró sólo breves instantes. En seguida reanudó la marcha.

Pero apenas había dado cuatro pasos, un hombre salió a su encuentro, cerrándole el camino.

—Quieto, Rob —dijo el hombre.

—Apártese —exclamó Caine, furioso.

—No puede seguir adelante…

—Le digo que se aparte. No se lo repetiré más.

—Rob, si insiste, me veré obligado a…

De súbito, Caine saltó hacia delante y atacó con todas sus fuerzas, empleando la mano derecha. Creys observó que el hotelero golpeaba de una manera muy extraña, de arriba a abajo.

Fueron tres o cuatro golpes, de un sonido muy especial. El desconocido lanzó un débil grito de sorpresa.

—Toma, maldito, toma… —jadeaba Caine.

El otro se derrumbó de pronto. Creys comprendió que acababa de presenciar un apuñalamiento.

Caine echó a correr enloquecido. Llamaba a gritos a su esposa:

—¡Edith! ¡Edith…!

Su voz se fue alejando paulatinamente, hasta dejarse de oír por completo. Creys pensó por un momento que se hallaba bajo el influjo de una pesadilla.

Pero no había tal: estaba despierto y bien despierto.

Aguardó unos momentos en el mismo sitio. Nadie, en Payneville, parecía haber escuchado los frenéticos gritos del hotelero.

Ni una sola ventana se abrió ni se oyó una sola voz. Todo siguió igual.

En silencio.

El silencio de la muerte, pensó Creys.

Pasado un rato, se atrevió a abandonar su posición. Con grandes precauciones, se acercó al caído y se arrodilló a su lado.

El pecho del sujeto, que le pareció joven, aunque cuatro o cinco años mayor que él, estaba completamente cubierto de sangre. Las furiosas puñaladas de Caine habían alcanzado su mortífero objetivo.

Creys tenía ya los ojos habituados a la semipenumbra que reinaba en aquel lugar. Una cosa llamó su atención sobremanera: no había en el rostro del muerto la menor expresión de horror.

Por el contrario, parecía sentirse muy feliz en el Más Allá.

Incluso sonreía levemente, como agradecido a quien le había hecho dejar una vida, presuntamente llena de tormentos psíquicos.

Movido por un impulso irresistible, Creys registró las ropas del muerto, procurando no mancharse con su sangre. En una billetera encontró algunos documentos de identificación, que leyó a la luz de

su encendedor.

Un fortísimo choque sacudió su cuerpo al conocer la identidad del muerto.

Era Bill Peale, el amigo de Jim Lomax.

* * *

Creys se levantó bastante tarde a la mañana siguiente por dos razones fundamentales: una, había dormido muy mal. Otra, no tenía prisa en abandonar el lecho.

A media mañana, sin embargo, ya estaba en pie. Medio vestido, observó la calle Mayor desde la ventana de su habitación.

Todo parecía normal. Había algunas tiendas abiertas y las mujeres iban y venían a sus compras, aunque el silencio parecía ser la norma fundamental en Payneville.

—Si no fuese tan siniestra, ¡qué población tan estupenda para descansar los nervios durante unas semanas! —dijo para sí.

Terminó de vestirse y bajó al comedor del hotel. Edith Caine estaba sentada junto a una mesa, con la cabeza apoyada en una mano y los ojos cerrados.

—Señora Caine —llamó.

Ella se incorporó ligeramente. Creys se sintió muy sorprendido al observar la espantosa lividez de su rostro.

—¿Le ocurre algo, señora? —preguntó, solícito.

—No… no, nada, muchas gracias —contestó Edith torpemente —. Dispénseme; me sentí un poco mareada y… Ahora le traeré el desayuno, señor.

—¿Quiere que llame a un médico?

—No, gracias, ya estoy bien. Aguarde unos minutos, por favor.

Edith se alejó con paso inseguro. De haber percibido el menor olor a alcohol, Creys hubiera dicho que estaba embriagada.

La mujer volvió poco más tarde. Creys observó que llevaba un vestido de percal, de manga corta. En el brazo izquierdo tenía un trozo de tafetán adhesivo, como si se hubiese hecho una pequeña herida, sin importancia, por supuesto, ya que el movimiento del miembro era normal.

—Señora, me gustaría hablar con su esposo…

—Lo siento —le interrumpió Edith—. No está.

—¿Tardará mucho en regresar? —preguntó Creys.

Edith guardó silencio. Él repitió la pregunta.

—No… no lo sé… Rob está fuera… —dijo Edith, titubeante.

—Señora, si se encuentra en un apuro, yo podría ayudarla. Al menos, lo intentaría.

Creys se preguntó si Edith estaría ya enterada del homicidio cometido por su esposo. ¿Había huido Caine de la población, temeroso de las consecuencias de su acción?

—Dispénseme, tengo trabajo —se excusó Edith.

CAPITULO V

Creys lanzó una maldición en voz baja.

«Pero ¿es que aquí nadie quiere hablar?», se preguntó, colérico.

De pronto, se le ocurrió la idea de entrevistarse con Vylda, la cantinera.

Terminó el desayuno y salió del hotel. Momentos después, entraba en la taberna.

Vylda apareció a poco, contemplándole con sus grandes ojos claros.

—¿En qué, puedo servirle? —preguntó cortésmente. Creys no tenía malditas las ganas de beber, pero algo había que hacer para entrar en materia.

—Póngame un *whisky*, Vylda —dijo.

—Al momento, señor.

—Me llamo Creys, Donald Creys.

—Sí, señor Creys.

Vylda colocó el vaso y la botella delante del forastero.

—Sírvase a su gusto, señor —indicó.

—Vylda, llámeme Don, como hace todo el mundo.

—Bueno.

Creys se sentía más que preocupado. ¿Por qué aquella indiferencia? Vylda parecía ausente a todo, como si nada de lo que le rodeaba mereciese su atención.

«Y el caso es que resulta condenadamente guapa», se dijo Creys.

—Vylda, ayer le pregunté por Bill Peale —dijo, después de un sorbo de licor.

—Ah, sí, Peale. Lo conozco. Es un buen hombre.

—¿Seguro, Vylda?

—¿Por qué no había de estarlo? No lo diría si no lo sintiera.

—Claro, claro… —murmuró él—. ¿Hace mucho tiempo que no lo ha visto?

—Unos minutos tan sólo, Don. Vino aquí, tomó una copa y se marchó.

Creys se quedó mirando fijamente a su bella interlocutora. ¿Se burlaba Vylda de él?

—En tal caso —dijo, tras una breve pausa—, usted podría indicarme dónde encontrarme con él.

—Lo siento. Se ha ido de Payneville. No sé cuándo volverá. Dispénseme, tengo trabajo. Deje ahí un dólar. Buenos días, Don.

Fue un recitado muy rápido, mecánico, pronunciado con voz ausente, sin inflexiones. Creys se quedó con la boca abierta, incapaz de reaccionar.

Cuando quiso hacerlo, ya se había quedado solo.

—Espero que no me haya tomado el pelo —rezongó.

La oscuridad le había impedido por la noche apreciar con demasiado detalle las facciones del cadáver. Por otra parte, sólo había visto a Bill Peale en una fotografía tomada casi diez años antes. La documentación del muerto podía realmente ser suya… o pertenecer a Peale, en cuyo caso el muerto no lo era.

—¿Y por qué no ver de día el lugar donde se cometió el crimen?

Dejó un dólar sobre la barra y salió.

Nadie le miró cuando caminaba hacia la salida del pueblo, nadie sintió la menor curiosidad hacia él. A Creys le recordó algunas películas de humor, en las que se veía al protagonista desempeñando el papel de fantasma, corpóreamente para los espectadores, pero aparentemente invisible para los demás actores.

Simplemente, las gentes de Payneville actuaban como si él no existiera.

Minutos más tarde, llegaba al lugar del crimen.

Todo parecía en orden. Recordó que el suelo era de tierra batida. Sin embargo, no se veía ninguna mancha de sangre. Y recordaba muy bien que la hemorragia del atacado había sido copiosa; Peale, si era en realidad el muerto, habría fallecido por anemia aguda, aunque las heridas no hubieran sido mortales en sí.

Pero no se advertía el menor signo que indicase se había cometido una muerte violenta la víspera. Una o dos veces, incluso, se agachó, creyendo haber encontrado algún rastro, pero sólo eran ilusiones ópticas.

De pronto oyó una voz de mujer:

—¿Ha perdido algo? Si quiere, puedo ayudarle a encontrar lo… lo que sea que busca.

* * *

Creys se enderezó y contempló a la mujer que se encontraba tan inesperadamente frente a él. Era muy hermosa, de pelo rubio y ojos verdes y sonreía de un modo encantador.

Ella vestía un ajustado pullover de tejido muy fino, que modelaba a la perfección un busto de contornos clásicos, y pantalones negros, igualmente muy ajustados. La desconocida poseía una bella silueta y conocía el mejor modo de resaltar sus innegables encantos corporales.

—No… no buscaba nada de valor… Bueno, fui a sacar el encendedor y se me cayó al suelo una moneda de un cuarto de dólar… Ya sabe lo que pasa en estos casos; veinticinco centavos muy poco, pero duele perderlos tontamente…

Ella lanzó una argentina carcajada.

—Es cierto —concordó—. ¿Quiere que le ayude a buscar la moneda?

—Oh, no hace falta —dijo Creys, reaccionando tras la sorpresa, a la vez que pensaba que su excusa había resultado válida, a pesar de su pobreza—. He encontrado algo infinitamente mejor. Por cierto, me llamo Donald Creys, señora.

La mujer hizo aletear sus espesas pestañas.

—Ah, el escritor —dijo.

—En efecto, señora. Por lo visto, ya ha oído hablar de mí.

—Payneville es muy pequeño, señor Creys. En seguida se sabe todo. Pero usted, sin embargo, ignora todavía mí nombre. Virginia Hommeth —se presentó la hermosa desconocida.

—Es un gran placer para mí, señora. Perdóneme, pero… ¿vive usted en Payneville?

—Bueno, en cierto modo. Yo resido en la casa que hay al otro lado del pantano. Se ve desde lo alto de la colina, cuando se llega a Payneville por el oeste.

—Sí, lo recuerdo. Pero ignoraba que hubiese un pantano…

—Es muy grande y conviene conocerlo bien; de lo contrario, un hombre puede perderse allí. Jamás encontrarían su cuerpo, señor Creys.

—No lo dudo, señora Hommeth. De todas formas, me imagino que debe de haber un camino para llegar a su casa —dijo él, con la mirada fija en el detonante coche deportivo, de color rojo, que estaba parado a una cincuentena de metros y cuya propiedad atribuyó sin vacilación a su bella interlocutora.

—Por supuesto, hay un camino, aunque es preciso dar un gran rodeo si no se conocen bien los senderos que atraviesan la ciénaga. ¿Piensa estar muchos días en Payneville, señor Creys? —preguntó ella de pronto.

—Unos cuantos, no tengo plazo fijo. Un amigo me habló de lo tranquilo que era este pueblo y decidí venir unos días a descansar, a la vez que trazo un esbozo de mi próximo libro.

—Sí, Payneville es ideal para un hombre como usted. Celebraré que encuentre brillantes ideas para su obra.

—No lo dudo, señora Hommeth. ¿Puedo hacerle una pregunta? —Consultó él de pronto.

—Desde luego. Estoy dispuesta a satisfacer su curiosidad, señor Creys.

—Se trata de algo que dijo usted al principio de nuestra conversación. Las gentes de Payneville me han parecido muy reservadas. Usted, sin embargo, ya conocía mi condición de escritor.

Virginia sonrió hechiceramente.

—La reserva de los habitantes de Payneville se emplea únicamente con los forasteros. Por supuesto, hasta que los conocen y saben que pueden confiar en ellos —respondió.

—Ya entiendo. Muchas gracias por la aclaración.

—Ha sido un placer. Espero tener ocasión de hablar de nuevo con usted, señor Creys.

—Siempre que lo desee, señora.

Virginia dio media vuelta y se alejó con paso rápido, pero no hombruno. Creys la contempló con gesto especulativo.

—Muy hermosa —murmuró—. Unos treinta años… y un gran conocimiento de lo que es el amor.

Pero había otra cosa que llamaba poderosamente su atención. El conserje del edificio donde vivía su amigo Lomax había manifestado ver a una bella mujer rubia, elegantemente vestida y con un gran bolso, en el que había dos aparatosas iniciales de metal plateado: V. H.

¿Virginia Hommeth?

Pensativamente, echó a andar. Virginia ya se había perdido de vista, tras la nube de polvo levantada por su automóvil.

Cuando llegaba hacia el centro de la calle Mayor, divisó otro coche parado frente a la taberna. Sentada en la terraza, había una mujer que agitó la mano al verle.

—¡Don! —llamó Dinorah Webb.

* * *

Creys subió a la terraza de un salto y tomó con las suyas las dos manos de la joven.

—¡Dinorah! —exclamó—. ¿Qué hace usted aquí?

Ella le dirigió una encantadora sonrisa.

—Motivos de trabajo, Don —respondió.

Creys tomó una silla y se sentó frente a Dinorah.

—Me pareció haberle oído decir que no volvería a Payneville por todo el oro del mundo. O algo por el estilo —dijo.

—Mutatis mutandis —contestó ella con sorna—. Lo que significa que me he visto obligada a cambiar de opinión. Pero no voluntariamente, Don.

—Explíquese, se lo ruego, Dinorah.

—Es bien sencillo. Mi director me ha enviado aquí, para ver si consigo averiguar algo de un importante personaje, desaparecido hace poco más de año y medio. Se supone que conseguiría un buen reportaje si lo encontrase.

—Ah, ya entiendo. ¿Ha dicho un personaje importante? ¿Quién es?

—Abner McScagh, Don. Quizá lo recuerde usted, el millonario implicado en aquel proceso de las orgías y demás.

—Sí, cierto. Oiga, usted coincide con mi agencia. Uno de mis compañeros ha sido encargado de buscarlo también, por interés de su esposa, que desea recibir su pensión alimenticia.

—Quizá yo le haga un favor a su agencia —sonrió Dinorah—. ¿Cómo le va por Payneville, Don?

Creys se puso serio de repente.

—Ocurren cosas muy misteriosas —respondió—. Incluso anoche fui testigo de un homicidio, pero nadie lo ha mencionado después.

La mano del investigador se movió circularmente.

—Mire usted, Dinorah —agregó—. Con sinceridad, ¿cree usted

que en una población tan pequeña como Payneville puede haber semejante tranquilidad, después de cometido un asesinato?

CAPITULO VI

Dinorah escuchó en completo silencio el relato que Creys le hizo de los acontecimientos de la noche pasada. Al terminar él, se sintió muy impresionada.

—De modo que vino Boko y le dijo a la señora Caine que esa noche tenía que ir…

—No lo dijo, pero lo dio a entender claramente. Y ella fue, Dinorah; yo lo vi. Su marido protestó y Wast cortó sus protestas. Luego, a pesar de todo, Rob Caine trató de impedirle que fuese… No sé a dónde tenía que ir, pero cualquiera que fuese el lugar, Edith acudió. Un hombre quiso cerrar el paso a Rob y éste, enloquecido, lo acuchilló. El muerto se llamaba Bill Peale. Era el hombre que llamó a mi compañero Lomax, pidiéndole ayuda. En cuanto a Rob, su mujer dice que se ha marchado de Payneville. Eso es todo lo que sé, Dinorah.

—Me gustaría saber a dónde van algunas personas de Payneville, cuando Boko las avisa —dijo la muchacha—. No sé, pero tengo la sensación de que aquí ocurre algo raro… horrible, macabro tal vez. Este pueblo me da miedo, Don, se lo digo con toda sinceridad.

Creys hizo un gesto con la cabeza, señalando hacia el interior de la taberna.

—Vylda dijo que Payneville es la posesión del demonio —manifestó—. Ella, sin embargo, también está sujeta a esa extraña influencia. Estoy seguro de que quiere desobedecerla, pero algo se lo impide.

—Yo también pienso como usted. Es más, incluso me parece que algunas personas de este pueblo están drogadas.

—O hipnotizadas, Dinorah.

—Tal vez —convino ella—. Y si no fuera por temor a pecar de exagerada, diría que todos los habitantes están sometidos a esa

extraña influencia.

—Sugestión colectiva y total —calificó él.

—Exactamente, Don.

—Pero ¿con qué objeto? ¿Quién lo hace?

Dinorah se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea, ni tampoco se me ocurre nada sobre su personalidad —respondió—. ¿Tiene usted algún plan para sus investigaciones?

—Pensaba ir a la casa de Peale, aunque no ahora, sino a la noche. Tengo que moverme con pies de plomo, Dinorah.

—Comprendo. ¿Le importará que vaya con usted?

—En absoluto. Supongo que habrá tomado habitación en el hotel.

—Sí, desde luego. He preguntado algo a la señora Caine sobre Abner McScagh, pero me ha dicho que no ha oído ese nombre en los días de su vida. La verdad, no sé por dónde empezar, Don —suspiró la joven.

—No se impaciente, ya encontrará a ese tipo. Por cierto, aún no sé dónde vive Peale. O vivía, si resulta que el muerto era él.

—Vylda se lo indicará, seguro —sugirió Dinorah.

—Es cierto. —Creys alzó la voz—. ¡Vylda!

La cantinera apareció a los pocos momentos.

—¿Señor?

—Una cerveza, por favor —rogó Creys—. Ah, y también una consulta. ¿Puede decirme dónde vive Bill Peale?

—Calle Cuarta, número veintiséis —respondió Vylda escuetamente.

Y entró en la taberna.

Momentos después, salía con la jarra en una bandeja. Al incorporarse, después de servir el pedido, Creys le formuló otra pregunta:

—Vylda, sé su nombre, pero no el apellido. ¿Cuál es, por favor?

—Hansome, señor Creys.

«V. H.», repitió él mentalmente, mientras Vylda desaparecía de nuevo. De pronto, Dinorah llamó su atención, pidiéndole un cigarrillo.

—Se me han acabado y…

Creys se hurgó en los bolsillos y rompió a reír.

—Lo siento, yo tampoco tengo tabaco —contestó—. Ahora iremos a comprar; la tienda no está muy lejos.

Momentos después, abonó la consumición. Se levantaron y abandonaron la terraza, cruzando la calle en sentido oblicuo. Al entrar en la tienda, vieron al dueño, un hombre de mediana edad y expresión neutra, atendiendo a una mujer.

La cliente cargó con varios paquetes y se marchó sin pronunciar una sola palabra. El tendero miró a los recién llegados, igualmente en silencio.

—Tabaco, por favor —pidió Creys—. Un par de paquetes.

El comerciante sirvió el pedido. Creys abonó el importe y luego, en compañía de la muchacha, salió de nuevo a la calle.

Una vez en el exterior, Dinorah hizo una observación:

—Don, ¿acaso todas las gentes de Payneville viven de un modo gratuito?

—¿Por qué dice eso? —exclamó él, sorprendido.

—Verá, cuando llegué a la taberna, había dos hombres sentados en la terraza, bebiendo cerveza. Terminaron y se fueron sin pagar y sin que Vylda les dijera nada. Ahora, esa mujer ha comprado provisiones en la tienda y el dueño tampoco le ha cobrado el importe. Sí, ya sé que me dirá que tanto los dos individuos como la mujer pueden ser clientes habituales, a los que el comerciante y Vylda les conceden crédito, pero me da la sensación de que aquí la gente vive gratuitamente. Excepto los forasteros, claro.

—Es usted muy perspicaz, Dinorah —dijo Creys—. Pero, en cierto modo, tiene razón, aunque si fuese cierto lo que usted dice, merecería la pena convertirse en vecino de Payneville para vivir gratuitamente.

Dinorah se estremeció.

—Yo estoy aquí por obligación, como usted, pero en cuanto termine me iré y no volveré —respondió, tajante—. Ni siquiera la perspectiva de vivir sin gastar un céntimo me haría volver a este horrible pueblo.

Creys se mostró de acuerdo con la joven. Había algo invisible en el ambiente de Payneville, que la convertía en una población hostil, nada acogedora. Sí, en cuanto terminase, se iría también y no volvería jamás a aquel pueblo dominado, le parecía, por un pánico absoluto y colectivo.

* * *

Extrañamente, de un modo insólito, se oyó un grito a media tarde. Fue un grito agudo, estridente, que rompió el silencio de tal modo, que Creys, más tarde, lo comparó a la rotura de la luna de un escaparate por un ladrón nocturno:

—¡FUEGO!

Creys corrió a la ventana y sacó medio cuerpo fuera. Por encima de las casas del otro lado de la calle, se veían llamas y humo.

El grito, sin embargo, no se repitió. Tres o cuatro personas se asomaron a las ventanas, aunque se retiraron casi de inmediato, sin hacer el menor comentario ni un solo gesto que indicara su propósito de colaborar en la extinción del incendio.

Tampoco nadie salió a la calle. Creys se sintió invadido por una extraña angustia.

Payneville era una población demasiado pequeña para tener cuerpo de bomberos, aunque sí parecía lógico que existiese algún grupo de voluntarios, dispuestos para intervenir en sucesos semejantes. Pero ni un solo hombre o mujer salió de sus casas.

Mientras, el fuego progresaba rápidamente. Ahora, las llamas eran mucho más altas y en su parte superior hervían las chispas en espesas miríadas. Había peligro de que el incendio se propagase a edificaciones próximas.

«Es preciso hacer algo», se dijo Creys.

Corrió a la puerta y abrió. Dinorah salía en aquel momento de su habitación.

—¿Ha oído usted, Don?

—Sí. Vamos a ver qué sucede.

Los dos jóvenes descendieron rápidamente por las escaleras y salieron del hotel. El fuego se hallaba al otro lado, un poco a su derecha.

Cruzaron la calle a la carrera y atravesaron un hueco situado entre dos casas. Al otro lado había una calle mucho más reducida, compuesta por una docena escasa de viviendas, separadas entre sí por un notable espacio. Cada casa tenía su jardín, dispuesto al gusto de sus dueños, pero no era tampoco en aquella calle donde se había producido el fuego.

—Ésta es la calle Tercera, Don —dijo Dinorah.

Creys concibió repentinamente una horrible sospecha. Dada la

peculiar topografía de Payneville, la calle primera estaba situada al norte; la calle Mayor debía ser, en realidad, la Segunda.

Ellos estaban en la Tercera. Por tanto, el fuego se había producido en la Cuarta.

Y Bill Peale vivía en el número 26 de la calle Cuarta, según había informado Vylda.

Pasaron al otro lado. Creys examinó rápidamente la numeración de los edificios.

—Dinorah, temo que ya no podremos investigar jamás en la casa de Bill Peale —dijo, con lúgubre acento.

El edificio, situado al final, y aislado, como el resto de las construcciones, ardía en pompa. Ya no había poder humano capaz de detener el fuego.

Ella se estremeció. Instintivamente, se apretó contra el joven.

—Y nadie viene a ver qué sucede —murmuró, sintiéndose presa de una indefinible opresión.

—Todos, todos están quietos en sus casas. ¿A quién o a qué temen, Dinorah?

—¿Será verdad que Payneville es la propiedad del diablo?

Guardaron un momento de silencio. El tejado de la casa de Peale se derrumbó de pronto con gran estrépito. Un enorme chorro de chispas subió a lo alto, brillando con rojos resplandores contra el cielo progresivamente oscuro del atardecer. De pronto, Creys agarró a la muchacha por un brazo y tiró de ella.

—Venga —dijo resuelto—. Aquí, en este maldito pueblo, hay por lo menos dos personas que podrán darnos parte de los informes que necesitamos.

Caminaron con paso rápido. Momentos más tarde, entraban en la taberna.

—¡Vylda! —llamó él.

La cantinera apareció casi en el acto.

—¿Qué desean tomar? —preguntó con voz neutra.

—No queremos nada ahora —respondió Creys—. Sólo deseamos hacerle algunas preguntas, Vylda.

—Y esperamos sus respuestas —añadió Dinorah.

El rostro de Vylda permaneció inalterable.

—Un amigo de Peale vino a verle desde Nueva Orleáns —dijo Creys—. Se llamaba Jim Lomax. Usted conocía a Bill, tuvo que verle

con su amigo; ellos, a la fuerza, debieron de haber acudido aquí a tomar algunas copas. Eran buenos amigos y cuando dos hombres se encuentran, al cabo de muchos años, tarde o temprano acuden a un sitio como éste para tomar unas copas juntos.

—¿Dónde está Lomax? —preguntó Dinorah.

La cantinera seguía guardando silencio.

—¿A quién teme usted, Vylda? —inquirió Creys.

—Yo no temo a nadie —contestó la interpelada con voz átona—. Y nunca he visto a Jim Lomax.

—Peale ha muerto. Lo mató Caine. ¿Dónde está el hotelero?

—Lo siento. Si no van a tomar nada, tendrán que dispensarme.

—¡Espere, Vylda! —pidió Dinorah—. Don, ¿sabe usted si Peale estaba casado?

—La señora Peale murió hace cuatro años —se anticipó Vylda a la posible respuesta del investigador.

CAPITULO VII

—Don, ¿es que aquí nadie va a decir nada? ¿Qué horrible temor mantiene cerradas las bocas? —preguntó Dinorah, ya en el comedor del hotel, a la hora de la cena.

Creys había encendido un cigarrillo, en espera de que les sirvieran el primer plato. Expulsó una bocanada de humo y dijo:

—Una cosa es segura, Dinorah, al menos, en mi opinión. Esta gente, más que atemorizada, y lo está mucho, se halla bajo el influjo de una fortísima sugestión, causada por factores que desconocemos. No se trata de un sentimiento de histeria colectiva, porque nadie parece desmandarse ni adoptar actitudes extremas. Excepto el grito que anunció el incendio, no se oye una voz ni una sola persona da la sensación de padecer una demencia agresiva, por ejemplo. Más bien parecen todos seres sin alma, con la suficiente capacidad de raciocinio, sin embargo, para realizar sus trabajos normalmente y contestar a preguntas sin importancia. Pero en cuanto lo que nos interesa, esa fuerza superior a la suya y que es de un origen psíquico que desconocemos, natural o artificial, les obliga a callar y ninguno de ellos dice una sola palabra que pudiera interesarnos.

—Estoy de acuerdo con usted, Don —respondió Dinorah—. Hemos hablado, en efecto, con varias personas, el dueño de la tienda de comestibles, por ejemplo, y un par de transeúntes. Pero todos actúan de la misma manera robotizados, si vale la palabra.

—Es muy adecuada a esta situación —convino él.

—Y todos tienen miedo… Don, antes dijo usted que es una fuerza de origen psíquico, natural o artificial. No entiendo bien el significado de esa frase.

—Puede ser hipnotismo por sugestión colectiva, originada por una mente enormemente poderosa, o bien por algún gas narcótico de larga duración, lo que ha permitido, a quienquiera que sea el que

mantiene a Payneville en esta situación, influir en las mentes de sus habitantes. Eso es lo que yo quería decir, Dinorah.

—Ahora ya le comprendo, Don.

De pronto, Dinorah recordó el primer día de estancia en Payneville. Aquella nube que había visto avanzar hacia la ciudad desde el pantano, en su parada en lo alto de la colina…

Se lo contó a Creys. Él la escuchó con gran atención.

—Una nube de gas narcótico —murmuró después—. Sí, pudiera ser…

La camarera vino en aquel momento con la cena. Creys le dijo:

—Avise a la señora Caine. Queremos hablar con ella.

La camarera movió la cabeza negativamente. Luego, por señas, indicó que Edith Caine no se hallaba en el hotel en aquellos momentos.

—Está bien, gracias. Esperaremos a que vuelva —rezongó Creys, decepcionado por la muda respuesta de la mujer.

De nuevo se quedaron solos. Empezaron a cenar en silencio. La cena era un tanto rústica, aunque sabrosa y bien condimentada. Entre sus componentes figuraban dos grandes vasos de leche.

Comieron un poco. Creys se dispuso a tomar unos sorbos de leche. Dinorah ya se llevaba su vaso a los labios.

Creys probó el líquido. De repente, extendió la mano:

—¡No beba, Dinorah! —dijo, en voz baja, pero de tonos prohibitivos—. La leche está narcotizada.

Los ojos de la joven se abrieron desmesuradamente. Creys se limpió los labios con la servilleta. Todavía bajó más la voz para añadir:

—Seguiremos cenando normalmente. Por fortuna, este comedor, al estilo antiguo, dispone de un par de grandes macetas, con plantas de salón. En cuanto esté seguro de que no nos ven, tiraré la leche en la tierra de una de esas macetas.

Dinorah asintió en silencio, mientras sentía un gélido soplo de viento correr a lo largo de toda su espalda.

* * *

El hombre abrió la puerta con gran cautela y asomó la cabeza. La luz de la linterna que llevaba en la mano derecha enfocó el rostro del forastero.

—¿Duerme? —preguntó otro individuo que había tras él.

—Como un tronco —rió el primero—. No se despertarán hasta bien entrada la mañana.

—Mejor para ellos. Conviene que no se enteren de lo que va a pasar esta noche. Vámonos.

La luz se apagó y la puerta quedó cerrada de nuevo. Pero Creys no dormía.

Esperó unos momentos. Las pisadas de los desconocidos se alejaron por el corredor. Luego los oyó bajar la escalera.

Al cabo de un rato tiró las ropas de la cama a un lado y se puso en pie de un salto. Se quitó el pijama y quedó en mangas de camisa, aunque descalzo.

En unos segundos se puso los zapatos. Agarró la chaqueta y corrió hacia la puerta.

Salió al corredor y se acercó a la habitación de la muchacha. Abrió y asomó un poco la cabeza.

—Dinorah —llamó a media voz.

—¿Don? Aguarde un momento; voy a vestirme.

—Estaré en el pasillo —indicó él.

Dinorah salió minutos más tarde, vestida con un liviano chaquetón y pantalones negros.

—Usted tenía razón —dijo—. Alguien vendría a comprobar si estábamos dormidos. Pero, créame, pasé mucho miedo. Incluso llegué a pensar que nos cortarían el cuello…

—No lo harán —aseguró Creys—. Quienquiera que sea el que dirige esta horrible trama, es lo suficientemente astuto para saber que alguien está enterado de nuestra llegada a Payneville. También debe pensar que tenemos un plazo de regreso a Nueva Orleáns, por lo que si nos retrasáramos, alguien vendría a investigar y eso le resultaría aún peor. Todo lo contrario, Dinorah; le conviene fatigarnos y hacer que abandonemos la partida por aburrimiento.

—Pero no abandonaremos, ¿verdad? Seguiremos hasta el final, Don —exclamó ella con vehemencia—. Y, por cierto, ¿cómo supo usted que la leche estaba narcotizada?

—Ya me lo hicieron una vez y eso me ha servido de experiencia. Yo seguía los pasos a un peligroso estafador, quien se deshizo de mí por medio de ese truco. Pero todavía tengo memoria gustativa del narcótico que empleó, muy antiguo, ciertamente, aunque ahora

apenas usado en farmacia, si bien sigue resultando eficaz.

—¿Qué narcótico, Don?

—Tintura de láudano, es decir, una solución de opio en alcohol. El tiempo que se duerme depende de la dosis.

—Comprendo —dijo ella.

Estaban a oscuras en el centro del pasillo. De repente, un poderoso megáfono atronó la noche con un estentóreo bramido:

—¡Ya es la hora! ¡Salgan todos de sus casas y acudan a presenciar el sacrificio del traidor! ¡Salgan, salgan; lo ordena su amo y señor, el hombre a quien deben todas las mercedes y beneficios de que disfrutan! ¡Salgan y síganme!

* * *

Creys y Dinorah se contemplaron unos instantes en la oscuridad. Luego, movidos por un mismo impulso, corrieron a la habitación de ella, cuyas ventanas daban también en la calle Mayor.

Creys recomendó no encender la luz. A través de los vidrios, presenciaron una fantástica escena.

Había una pequeña furgoneta parada en el centro de la calle. Sobre su techo, se veía una gran esfera de vidrio, de casi un metro de diámetro, con numerosas facetas de todos los colores. Dentro de la esfera, que giraba lenta e incesante, había una lámpara de gran potencia.

Los destellos multicolores se producían ininterrumpidamente. Como espectáculo, resultaba muy bonito, pensó Creys.

Pero había algo que lo convertía en siniestro. De repente, una mujer, vestida con una especie de túnica blanca, que le llegaba hasta los pies, salió de la casa frontera y echó a andar en dirección a la salida oeste de la población.

Como si aquello hubiera sido una señal, decenas y decenas de personas de ambos sexos y de todas las edades, surgieron de las casas, concentrándose en la calle Mayor, todos, sin excepción, iban vestidos con túnicas blancas que, en muchos casos, no eran sino simples sábanas con un agujero en el centro para pasar la cabeza.

La furgoneta comenzó a rodar lentamente, situándose en cabeza de la procesión. Era un espectáculo terrorífico, alucinante, no tan sólo por lo que se veía, sino porque de aquella pequeña multitud, que Creys calculó en unas ciento cincuenta personas o poco más, no

brotaba el menor sonido.

De repente, se le ocurrió una idea.

—Dinorah, tenemos que seguirlos —exclamó—. Es preciso averiguar a dónde y qué es lo que van a hacer.

La muchacha se mostró inmediatamente de acuerdo con la propuesta.

—Pero no podemos ir así…

—Aguarde —dijo él.

Corrió hacia la cama y sacó las sábanas. Con un pequeño cortaplumas, practicó dos aberturas hacia el centro. Luego entregó una de las sábanas a Dinorah.

—Póngasela, pronto.

Ella obedeció sin objeciones. Creys se puso su sábana sobre los hombros y corrió hacia la puerta.

—Voy a darle un consejo, Dinorah —le dijo, en el momento de salir—. Esa gente parece sumida en un sopor hipnótico o algo parecido. No sé qué va a ocurrir, pero pase lo que pase, obre como ellos. No grite, no dé a entender que usted goza de su plena conciencia o estaremos perdidos, ¿me ha comprendido?

—Sí, Don —contestó la muchacha.

—Tenemos que pasar desapercibidos. No olvide que ellos, quienesquiera que sean, nos creen dormidos.

Dinorah asintió y se dejó llevar de la mano por el joven. Bajaron a la carrera y salieron a la calle.

Los últimos componentes de la comitiva llegaban en aquel momento a la salida del pueblo. Creys observó un detalle.

—Dinorah, la cabeza gacha —indicó.

Instantes después, se unían a la silenciosa procesión, guiada por la resplandeciente bola que giraba incesante sobre el techo del vehículo, a la vez que despedía miríadas de chispazos de todos los colores. Por la dirección que seguían, Creys dedujo que se encaminaban hacia el pantano.

«Tengo que averiguar cómo los hipnotizan», se dijo. No era posible que casi doscientas personas obedecieran como seres mecánicos, desprovistos de alma, a una sola persona, sin una causa muy poderosa e irresistible.

De pronto, vio brillar a lo lejos un rojizo resplandor.

Alguien había encendido una antorcha. Momentos más tarde, se

vieron unas cuantas más.

Creys tardó poco en darse cuenta de que había un individuo que iba entregando las antorchas a medida que las gentes pasaban por delante de él. La luz de las llamas iluminó el gorilesco rostro de Boko, en cuyos labios lucía una sonrisa de infinita satisfacción.

CAPITULO VIII

Durante unos segundos, Creys llegó a abrigar serios temores. Si Boko les reconocía, podían verse en un serio aprieto. Bajó un poco más la cabeza y entrecerró los ojos. Con la mano derecha, disimuladamente y bajo la sábana, apretó la culata del revólver de cañón corto y calibre 38 que había llevado consigo. Si se veía en un apuro, tiraría a matar.

Pero Boko no les reconoció o no se fijó en ellos. «Tal vez la luz no era tan buena como pensaba», se dijo Creys.

Sin inconveniente alguno, recibieron sus respectivas antorchas, que encendieron con las llamas del que les precedía, y siguieron adelante.

Ahora la procesión se había convertido en una fila, que caminaba por el borde de una especie de lago de aguas que no olían demasiado bien. El reflejo de las antorchas en el líquido, que parecía un espejo negro, constituía un espectáculo fantasmagórico.

La columna de luces bordeaba el pequeño lago, curvándose a su trazado. La esfera multicolor de la furgoneta había sido sustituida por una antorcha eléctrica, de gran parecido, aunque de tamaño mucho menor, que alguien, evidentemente el guía, sostenía en alto.

Transcurrieron unos minutos. El guía se detuvo de pronto.

Todos los demás se detuvieron también y giraron para dar frente a las aguas del pantano. Creys se preguntó qué podría suceder.

Boko trotó por detrás de ellos, sin duda para unirse a la cabeza de la procesión. Creys y Dinorah intercambiaron una mirada.

—Recuerde —susurró él—, mantenga la serenidad, pase lo que pase.

Dinorah contestó con un imperceptible gesto de asentimiento. De súbito, un invisible altavoz emitió un poderoso bramido:

—«Escuchad, hombres y mujeres aquí congregados. Alguien, ingrato y hostil, ha traicionado a nuestro gran amo, al ser que a

todos nos concede los beneficios de su bondad, olvidando el amor que le debía. Nuestro gran amo es la bondad personificada, pero no puede perdonar la traición, no por lo que a él le duela, no por la decepción que haya podido sufrir, sino por vosotros mismos, porque sabe que ninguno puede consentir que vuestra comunidad albergue a un traidor en sus filas. Por eso, nuestro gran amo ha decidido entregar al traidor a la poderosa bestia que habita en el fondo del pantano y a la que él, desde el principio de los tiempos, consiguió domesticar. La bestia no os causará ningún mal, no hará daño a nadie… ¡sino al traidor!».

Creys se preguntó quién podría ser el traidor mencionado. De repente, lo vio a la luz de las antorchas.

—Caine —estuvo a punto de gritar.

Pero logró contenerse a tiempo. Casi en el mismo instante, burbujearon las aguas del pantano.

Algo horrible y sin nombre se movía en su interior, Dinorah sintió un escalofrío de terror.

* * *

Atado de pies y manos, Rob Caine permanecía a la orilla del lago, sujeto por Boko y otro individuo. Creys se dijo que debía de ser alguno de los que habían ido al hotel a cerciorarse de que el narcótico había surtido sus efectos.

Las aguas negras se arremolinaron de nuevo. Entonces, Boko y el otro tiraron de una cuerda, atada a las muñecas de Caine, y tiraron para izarlo.

La cuerda pasaba por una gran rama saliente, que caía muy adentro de la charca. Creys pensó que no se trataba de un árbol, sino más bien de una larga viga, cubierta de hierbajos y plantas trepadoras. Indudablemente, se trataba de un artilugio muy bien preparado, puesto que medía más de cuarenta metros de largo y su punto extremo quedaba a diez de altura sobre el nivel de las aguas. En total, la viga —tal vez mejor dicho pluma de una grúa, pensó Creys— se adentraba en la charca unos treinta y cinco metros.

El cuerpo de Caine osciló sobre las aguas, que se movían cada vez con más fuerza. Caine no decía nada; sin duda, estaba drogado, como todos los demás.

El cuerpo del hotelero quedó suspendido a un par de metros de

la charca. De repente, algo emergió de las aguas.

Un estremecimiento de horror sacudió el cuerpo de Dinorah. Creys lo notó y agarró su mano con fuerza, como recomendándole serenidad. Ella creyó por un instante hallarse bajo el influjo de una alucinante pesadilla.

¿Era un saurio gigante? ¿Un animal antediluviano? ¿Una colosal serpiente de mar, prisionera de aquel reducido ámbito acuático?

Creys pensó por un momento en el fabuloso monstruo de lago Ness, en Escocia, visto por primera vez en 1933 y contemplado posteriormente en muchas ocasiones más, con distintas alternativas de actividad y eclipse.

Aquel monstruo podía ajustarse a infinidad de descripciones, pero una cosa era segura: tenía un aspecto horripilante.

La parte que se veía fuera del agua, cabeza, cuello y parte del cuerpo, medía cinco o seis metros de largo. La cabeza, sobre todo, era enorme, mayor que Boko y con una colosal bocaza, armada con unos dientes de aspecto escalofriante.

El cuello era muy grueso y relativamente corto, pues no mediría más de un par de metros de largo. Todo el animal estaba cubierto de grandes escamas de tonos verdosos y en el dorso aparecían unas prolongaciones óseas, como una larga cresta en forma de dientes de sierra.

El silencio era absoluto. De súbito, el monstruo emitió un horrible trompetazo.

Luego, alargó la cabeza. En el último instante, Caine, como saliendo de su torpor, pareció darse cuenta de la espantosa suerte que le habían reservado, y lanzó un horripilante alarido.

En el mismo instante, las fauces del monstruo se cerraban sobre el cuerpo de su víctima. Fue una dentellada brutal, mortífera; las dos mandíbulas, de un solo golpe, partieron a Caine, literalmente, por la mitad.

Dinorah estuvo a punto de desmayarse al ver la lluvia roja que caía del tronco de Caine, al que ya le faltaba la mitad inferior del cuerpo. Creys, por su parte, se sintió atacado de una violenta náusea.

El monstruo se sumergió, emitiendo una especie de eructo de satisfacción. Su cola asomó a quince metros, batiendo las aguas con secos chasquidos.

Alguien manejó el mecanismo que sostenía aún en el aire la mitad de los restos del cuerpo de Caine y los dejó hundirse en el agua. Hubo otro poco de chapoteo y eso fue todo.

Dinorah se sentía a punto de perder el conocimiento. Sólo el apoyo del brazo de Creys y un poderoso esfuerzo de voluntad la hicieron seguir en pie y con los ojos abiertos.

El megáfono tronó de nuevo:

—«El sacrificio del traidor ha sido consumado. Volved a vuestras casas. El gran amo os da las gracias y promete continuar concediendo sus mercedes a quienes les sean fieles. Pero será inflexible con los traidores. Marchaos».

En silencio, hombres y mujeres dieron media vuelta. Y Creys y Dinorah se dispusieron a emprender el regreso a Payneville, confundidos con aquella multitud de alucinados.

* * *

Creys entró en el cuarto con una botella y dos vasos. Dinorah estaba en la cama, con los ojos cubiertos por uno de sus brazos, y se incorporó ligeramente al oír el ruido de la puerta.

—Necesita un buen trago —dijo él, a la vez que empezaba a descorchar la botella.

—¿Dónde lo ha conseguido? —preguntó Dinorah, refiriéndose al *whisky*.

—La puerta de la taberna estaba cerrada aunque no con llave —explicó Creys—. En medio de todo, el gran amo les ha imbuido la virtud de la honradez.

Alargó el vaso mediado hacia la muchacha. Dinorah bebió casi con ansia. Creys también tomó un par de buenos tragos.

Ella continuó reclinada en la cama. Creys se sentó en el borde, a su lado.

—Don, ¿quién es el gran amo? —preguntó Dinorah, tras unos momentos de pausa.

—No lo sé, no tengo la menor idea. Pero una cosa es segura: es el dueño de Payneville.

—¿El demonio?

—Supersticiones —bufó Creys—. Resulta indudable que Payneville es una población muy pequeña y, además, escasamente comunicada con las poblaciones vecinas. Esta clase de comunidades

son muy cerradas en sí mismas, poco propicias a entablar contacto con los ajenos. Por tanto, y en este caso resulta una presa fácil para una serie de desaprensivos que han montado un *show* gigantesco, un timo monumental del que, no es preciso decirlo, piensan obtener una buena tajada.

—Lo que importa es saber qué pueden conseguir con sus actos, Don.

—Sí, pero no va a resultar fácil, Dinorah —contestó él—. Una cosa resulta segura, aparte de la sugestión total que domina a los habitantes de Payneville: dos muertes violentas. Peale murió a manos de Caine, quien, indudablemente, no estaba tan sugestionado como los demás y no quería que su esposa fuese a ese lugar misterioso al que muchos acuden, cuando se lo ordena Boko. Y Caine, a su vez, calificado de traidor, fue muerto por el monstruo que habita en la laguna.

—Un ser antediluviano —se estremeció Dinorah.

Creys meneó la cabeza.

—Si no lo hubiese visto, me parecería imposible su existencia —dijo—. Pero…

De pronto, se puso en pie y empezó a pasearse por la estancia.

—Yo diría que el nombre de Stephen Wast me es conocido —continuó—. No he dicho nada hasta ahora, porque no estaba seguro de ello y aún no puedo afirmar nada al respecto. Pero en algún rincón de mi memoria hay un recuerdo sobre Stephen Wast y tarde o temprano acabará por surgir a la superficie.

—¿Tiene ello algo que ver con el monstruo, Don?

—No, es Wast quien tiene que ver con el monstruo… y con Boko y con los dos tipos que vinieron a comprobar si realmente estábamos dormidos. Todos ellos componen la banda que domina a la población.

—Sí, pero no viven en Payneville.

Creys se acordó en aquel momento de la casa del otro lado del pantano.

—Tendré que visitar a la señora Hommeth —dijo.

—Don, a mí se me ocurre una idea. ¿Por qué no emplear el teléfono…?

—Dinorah, hace año y medio había dos abonados y cancelaron sus contratos con la compañía telefónica. Payneville no tiene

tampoco telégrafo, de modo que estamos incomunicados con el resto del país.

—¿Conoce usted a esas dos personas que tenían teléfono y ya no lo tienen? —preguntó Dinorah.

—No, pero usted averiguará sus nombres y yo les interrogaré más tarde. Mientras tanto, yo haré una visita a la señora Hommeth.

—Don, estoy pensando en ir a Greensboro para solicitar unos datos por teléfono al archivo de mi periódico —manifestó ella—. Puedo desplazarme en el coche y estar de vuelta antes de mediodía.

—No es mala idea —convino él—. Pero no deje de investigar los dos nombres que le he dicho antes.

—Lo haré —aseguró Dinorah con firme acento.

CAPITULO IX

El coche se detuvo delante de la casa, cuya fachada, de paredes blancas, con una pequeña columnita de pretendido estilo dórico para formar el porche, junto con el tejado de pizarra, le confería un vago aspecto colonial. Creys tocó la bocina y, poco después, un hombre apareció en la puerta.

—Soy Creys —se presentó el visitante—. Por favor, tenga la bondad de anunciarme a la señora Hommeth.

El individuo le contempló con expresión recelosa. Era fuerte, de mandíbula cuadrada y ojos fríos. Creys tuvo la seguridad de que se hallaba ante un pistolero alquilado.

Posiblemente, era uno de los que habían ido al hotel la noche anterior. Pero no convenía delatarse en este sentido.

—Está bien, la avisaré ahora mismo. Yo me llamo Jacobs —dijo al fin el sujeto.

Creys entró en la casa. El vestíbulo era grande, decorado agradablemente, de suelo espejeante y muebles clásicos, sencillos pero muy elegantes. Jacobs le condujo hasta una salita de recibo y le indicó que esperase unos minutos.

El joven se quedó solo. Había un par de cuadros colgados de las paredes y los contempló especulativamente. «Meras copias de sendas pinturas famosas —pensó—, aunque muy bien realizadas».

Había también un aparador con servicio de licores, aunque, prudentemente, se abstuvo de tocar las botellas. Sin embargo, sintió deseos de fumar y abrió la caja de una costosa cigarrera, laqueada con motivos chinescos. En el interior, además de cigarrillos y cigarros habanos, había también un encendedor de plata.

Todo su cuerpo se puso rígido de golpe. Él conocía muy bien aquel encendedor, sobre todo, las iniciales en relieve, adosadas a uno de los costados. Había sido un regalo de cumpleaños de todos los miembros de la agencia a Jim Lomax. Precisamente, él mismo se

había encargado de comprar el mechero y ordenar la colocación de las iniciales, en esmaltes de oro y rojo.

La tapa de la cigarrera bajó lentamente. A Creys se le habían pasado de repente las ganas de fumar.

La voz de Virginia sonó en aquel momento.

—Hola —saludó la mujer—. ¿A qué debo tan agradable visita?

Creys se volvió hacia ella. Ya había compuesto el gesto y sonrió.

—Usted dijo que tendría mucho gusto en hablar conmigo de nuevo, señora Hommeth. Ambos estamos de acuerdo en una cosa: las gentes de Payneville son terriblemente reservadas. Si a eso añadimos que es usted la única persona con la cual un hombre puede tener interés en conversar, tendrá completos los motivos de mi visita —contestó.

Virginia lanzó una ligera carcajada.

—Una explicación muy satisfactoria y que se merece una copa —dijo—. ¿Cuál es su preferencia, señor Creys?

—Cuando estoy junto a una mujer hermosa, le dejo a ella la elección. Y, en seguida, le pido que me llame Don.

—En tal caso, le pondré un jerez; es demasiado temprano para el escocés. Don, usted deberá llamarme por mi nombre.

—Lo haré encantado, Virginia. A menos que su esposo sienta celos…

—No tengo esposo —puntualizó ella, a la vez que le entregaba una copa.

—Entonces, me siento doblemente afortunado, porque así podré intentar conquistarla, sin temor a las posibles represalias de su dueño legal inexistente.

Virginia le miró maliciosamente por encima de su copa.

—Además de escritor, es un Don Juan —dijo.

—No creo que ambas cosas sean incompatibles —sonrió Creys.

—En todo caso, su profesión le habría dado experiencia en la conquista de las mujeres.

—Es probable —admitió él—. Aunque no sólo los escritores conquistan a las mujeres hermosas. Y no digamos nada cuando se produce el caso inverso, mucho más frecuente de lo que pueda parecer.

—Ah, ¿piensa que yo pueda conquistarle a usted?

—Ya me ha conquistado, Virginia.

Ella se echó a reír de nuevo. Luego, con paso felino, caminó hacia un mullido diván.

—Venga e intente conquistarme —le retó incitantemente.

Creys cruzó la sala y se sentó a su lado.

—La verdad, usted posee una hermosura turbadora —dijo—. Me siento como un pajarillo, fascinado ante la serpiente que se apresta a devorarlo.

—¿Me califica de serpiente?

—Era sólo una metáfora, Virginia.

—No soy ninguna serpiente, Don. Sólo una mujer.

—Radiantemente hermosa. Creo que tuve suerte al venir aquí —dijo él—. Mi amigo no me había engañado.

—¿Qué amigo, Don? ¿Lo conozco yo, acaso?

—No lo creo. Se llama Jim Lomax y estuvo aquí unos pocos días. Pero la vio a usted y me lo dijo, además de darme buenos informes sobre la paz y la tranquilidad que reina en Payneville.

—No conozco a su amigo, Don —manifestó Virginia.

Creys estudiaba atentamente a la mujer y pudo apreciar en su bello rostro una ligera crispación, así como una súbita alteración de los vaivenes de su busto bien conformado. Pero ella se rehízo casi en el acto y continuó sonriendo.

—Estuvo pocos días en Payneville, una semana o cosa así —dijo él—. Pensé que, puesto que se trata de un pueblo tan pequeño, usted habría llegado a conocerlo.

—No, no le vi, Don —insistió Virginia.

—Es lógico. Un hombre se fija mucho más en una mujer hermosa, que una mujer hermosa en un hombre, sobre todo si se trata de un tipo corriente. Pero hablemos de nosotros y dejemos a Jim en paz. Estábamos con otro tema, Virginia, si me permite recordárselo.

—Recuérdemelo —pidió ella con coquetería.

—Hablábamos de la conquista… ¿Quién conquistará a quién?

Virginia se reclinó en el diván y le miró sonriente, a la vez que realizaba profundas inspiraciones, con objeto de hacer resaltar los encantos de su busto. Creys dejó la copa a un lado y se inclinó hacia ella.

—Soy yo el conquistado —murmuró, disponiéndose a besarla.

Pero, de repente, la mano de Virginia se alzó, interponiéndose

entre las dos bocas.

—No tan de prisa, Don, apenas nos conocemos —objetó.

—Tendré que resignarme. ¿Puedo volver otro día?

—Siempre que guste tendrá abierta la puerta de mi casa —respondió ella.

—Creo que vendré con mucha frecuencia, Virginia —prometió él, a la vez que se ponía en pie.

* * *

Virginia se acercó a la ventana y agitó la mano para despedir a su visitante, quien ya se disponía a entrar en el coche. Creys contestó con un saludo análogo y luego se sentó tras el volante.

—¿Se marcha ya? —Sonó la voz de Wast detrás de ella.

—Sí, pero ha dicho que volverá.

—¡Hum! ¿Qué opinión has sacado de él, Virginia?

—No es escritor y sí, quizá, un detective.

—¿Oficial de policía?

—Yo diría que no. En todo caso, investigador privado. Pero ha mencionado a Jim Lomax.

—Ya me suponía algo por el estilo. Virginia, ese tipo no ha venido a Payneville sólo por la tranquilidad de que se disfruta aquí. Quizá pertenezca también a la misma agencia que Lomax.

—Es posible, pero, en todo caso, ¿qué podría encontrar?

—Nada, no encontrará nada.

Wast se acercó a la cigarrera, la abrió y tomó un cigarrillo. De repente, vio el mechero y lanzó una imprecación.

Virginia se volvió hacia él.

—¿Qué te sucede, Stephen? —preguntó.

Wast le enseñó el encendedor.

—Quizá lo haya visto él —dijo.

—Que yo recuerde, no fumaba cuando yo entré. Y, en todo caso, ¿por qué tenía que haberlo visto?

—Busca a Lomax, no lo olvides. Estuvo aquí sólo unos minutos, ¿no es cierto?

—Sí, desde luego…

—Es preciso arrojar este mechero al pantano, Virginia. Yo me encargaré de ello. No sé qué imbécil tuvo la estúpida idea de guardarse este encendedor. Por fortuna, aún estamos a tiempo de

arreglar este desliz, aunque, de todas formas, ya importa muy poco.

—No te entiendo, Stephen —dijo ella.

Una diabólica sonrisa apareció en el rostro de Wast.

—Querida, en estos momentos, Donald Creys deja de ser un peligro para nosotros —contestó.

El coche rodaba a moderada velocidad por el sendero que desembocaba en el camino que conducía a la ciudad. De repente, Creys notó que el vehículo refrenaba su marcha.

Unos metros más adelante, se paró del todo y no por su voluntad. Creys frunció el ceño y trató de dar marcha atrás.

Las ruedas resbalaron estrepitosamente. El motor protestó al ser sometido a un esfuerzo desconsiderado.

Creys se preguntó cómo era posible que se hubiera metido en una charca, si no había encontrado ninguna a la ida. De pronto, notó un lento movimiento de descenso del automóvil.

Los cabellos se le pusieron de punta. ¡Se hundía en el pantano!

Abrió la portezuela. El agua, cubierta en su mayor parte por fango y plantas acuáticas, llegaba ya al borde inferior de aquella puerta. Y el movimiento de descenso no parecía detenerse.

—No pierdas la serenidad —se aconsejó a sí mismo.

Era lo peor que podía sucederle. No acababa de comprender cómo había podido equivocar el camino, pero debía hacer algo para salvar la vida o acabaría hundiéndose con el coche.

De pronto se le ocurrió una idea. Sacó medio cuerpo fuera, giró en parte sobre sí mismo y, agarrándose a la portezuela abierta, hizo un esfuerzo y consiguió saltar al motor.

Pasar al techo del vehículo resultó ya sencillo. Pero ello no resolvía por completo la crítica situación en que se encontraba.

Algo le rozó una mejilla. Levantó la vista.

A un metro por encima de su cabeza vio la sólida rama de un sauce gigantesco, que se alargaba hacia él, como un brazo salvador. Estiró los brazos, tomó impulso y se agarró a la rama.

CAPITULO X

El coche se hundió con un siniestro gorgoteo. Grandes burbujas de aire fétido subieron a la superficie. De pie sobre la rama, asido a otra más delgada, Creys se dijo que le parecía mentira estar con vida.

El problema era ahora abandonar el árbol. ¿Había más trozos cenagosos en las inmediaciones?

De pronto, oyó voces. Se agazapó y contuvo la respiración. Alguien se acercaba.

Dos hombres aparecieron por el sendero. Uno de ellos era Jacobs. El otro, seguro, su compinche, el mismo que le había acompañado para comprobar que él y Dinorah habían bebido la leche drogada.

—Bueno —exclamó Telly Jacobs—, el coche se ha hundido.

—Y ese entrometido está dentro —rió Rupp Salton.

—Las serpientes de agua se darán hoy un buen festín. Pero lo mejor de todo es que nosotros podremos dormir tranquilos, Rupp.

Salton hizo una mueca.

—No me digas, Telly —rezongó—. Con las cosas que pasan en esa maldita casa, ¿quién puede dormir tranquilo?

—Yo —contestó el otro, sin inmutarse—. Y cuando me pagan muy bien, como sucede ahora, duermo siempre de un tirón. Excepto cuando es preciso trabajar, claro.

—A veces, esa casa me da miedo…

—Bah, no digas tonterías, Oye, Rupp, no irás a decirme ahora que eres supersticioso, ¿verdad?

Salton se pasó una mano por la garganta.

—Telly, lo que pasó anoche…

—Fue pura comedia, Rupp, a ver si lo comprendes de una vez —exclamó el otro de mal talante.

—¿Comedia? ¿Y aquel pobre hombre partido en dos por la

dentellada del cocodrilo? Eso fue auténticamente real, Telly.

—Bueno, lo de Caine, sí; pero el monstruo no es real. Está muy bien hecho, eso es todo. Wast es un artista para esas cosas y no es la primera vez que fabrica un animal semejante. Cuando hacía películas fantásticas en Hollywood…

Creys estuvo a punto de darse una palmada en la frente, Ahora surgía en su memoria el recuerdo perdido.

—… Y no me dirás que preparando este falso camino no ha resultado ser un artista —añadió Jacobs—. ¡El pobre idiota de Creys picó el anzuelo como Wast había predicho! —concluyó con una carcajada.

Salton dirigió una mirada al pantano y se estremeció.

—Sí, eso es cierto, pero vivir aquí me está desquiciando los nervios —masculló—. Anda, vámonos ya.

—Desde luego. Wast tiene que conocer el feliz resultado de su trampa —convino Jacobs.

—A cualquier cosa llaman «feliz resultado» esos forajidos —gruñó Creys, todavía encaramado en la rama del sauce.

Levantó la vista. Todavía había algunas ramas fuertes por encima de él. Trepó cuatro o cinco metros más y procuró atisbar a través del follaje.

Jacobs y Salton se hallaban a una veintena de metros, trabajando en algo que explicó a Creys con toda claridad en qué había consistido la trampa tendida por Wast. Al cabo de unos momentos, los dos forajidos dieron media vuelta y se alejaron.

Creys aguardó todavía unos minutos, hasta tener la seguridad de que no sería descubierto. Luego estudió la mejor manera de abandonar el árbol, sin correr el riesgo de hundirse en la ciénaga.

«No me quedará otro remedio que imitar a Tarzán de los monos», se dijo, a la vez que observaba el árbol más cercano.

Saltando de rama en rama consiguió llegar a otro sauce, situado justamente en el punto donde los dos forajidos se habían detenido. Luego, al hallarse en tierra firme, empezó a meditar acerca de lo que más le convenía hacer en aquellos momentos.

* * *

Había luz en la casa. Lenta y sigilosamente, Creys se acercó al edificio. Había decidido aguardar a la noche en el pantano, antes de

volver a Payneville. Podían verle durante el día y pensaba que no le convenía, por el momento.

Muy despacio, se acercó a una de las ventanas de la planta baja. Asomando apenas los ojos por el borde del antepecho, contempló el interior de la vasta estancia que había al otro lado de los vidrios.

Era el comedor, decorado con gran lujo. Un hombre estaba sentado a la mesa, atendido por Wast y Virginia. Creys se quedó atónito al contemplar la singular apariencia del individuo.

Era un hombre de unos cincuenta años, tremendamente obeso y casi calvo. Sus ojillos desaparecían casi en unas bolsas de grasa, lo mismo que su mentón, debajo del cual había una triple papada de repulsivo aspecto.

El individuo vestía una especie de túnica blanca, con mangas flotantes, un poco al estilo de los luchadores de judo o karate, de las cuales salían sus brazos. Si el cráneo estaba casi mondo, no se podía decir lo mismo de los antebrazos y de las manos, cubiertos por una enorme cantidad de vello de color rojizo oscuro, que le hacía aún más repugnante.

Aquel hombre, observó Creys, parecía sometido a una severa dieta alimenticia, a juzgar por la exigüidad de los alimentos que había sobre la mesa. Parecía pedir más comida, pero tanto Wast como Virginia se negaban rotundamente a satisfacer sus peticiones.

El gordo, colérico, tiró un par de platos al suelo, de un simple manotazo. Virginia y Wast no parecieron inmutarse por aquel arranque de furia.

De pronto, un hombre entró en el comedor.

A Creys no le extrañó reconocer a Boko. El gigante era portador de una bandeja, sobre la que había una copa no muy grande, de metal, posiblemente plata, cubierta con un paño. Boko puso la copa delante del gordo, quien la destapó, haciendo en el acto un gesto de desencanto.

Virginia movió los labios. Creys creyó entender una frase: «Ya tienes bastante por hoy», pero no hubiera podido asegurarlo.

El gordo se llevó la copa a los labios y bebió con avidez. Parecía sentirse horriblemente sediento, de tal modo, que un hilillo del contenido de la copa resbaló por una de las comisuras de su boca.

Creys se quedó helado de horror al ver el color escarlata del líquido. Su frente se cubrió de un sudor frío y casi se puso a

temblar.

¡Aquel hombre bebía sangre!

«¿Humana?», se preguntó.

Virginia y Wast abandonaron el comedor. El gordo y Boko quedaron a solas.

De pronto, Creys se dijo que el rostro del bebedor de sangre le parecía conocido. ¿Era, tal vez, McScagh, el corrupto millonario desaparecido?

El gordo sonrió. Metió la mano en uno de los bolsillos de su blusa y sacó un grueso rollo de billetes, que enseñó a Boko.

Boko sonrió también e hizo un gesto de asentimiento. El rollo de billetes voló por los aires y fue a parar a las manos del gigante.

Creys se preguntó qué pretendía comprar el gordo con semejante suma de dinero. Pero, de súbito, sintió algo duro en su espalda.

—No se mueva o le parto el espinazo de un tiro —oyó la voz de un individuo que le resultó conocida en el acto.

* * *

Creys levantó las manos a la altura de los hombros.

—¿Está bien así? —preguntó.

—Perfectamente —dijo Salton—. ¿Quién es usted?

—Donald Creys.

—¡Imposible! Creys está…

—Está vivo, amiguito —dijo el interesado. Y, de súbito, giró sobre sí mismo con terrible violencia.

Su codo derecho apartó el cañón del arma. El puño izquierdo, con el mismo movimiento de giro, golpeó la mandíbula del adversario.

Salton emitió un gruñido y cayó de espaldas. Al caer perdió la pistola.

Creys se arrojó sobre él y le puso ambas manos en el cuello.

—Quieto o te desnuco —amenazó en voz baja.

Salton se inmovilizó en el acto. Creys prosiguió:

—Escucha, voy a hacerte una advertencia. Si me engañas, si levantas la voz más de lo conveniente, te romperé las vértebras cervicales. Es muy sencillo, ¿sabes?

Los pulgares de Creys se apoyaron bajo la mandíbula de Salton, haciendo una ligera presión, al mismo tiempo que el resto de los

dedos continuaban sujetando la garganta del individuo. Salton sintió un vivísimo dolor en la nuca y lanzó un gemido de espanto.

—No, por favor, hablaré… No apriete, se lo ruego…

Creys aflojó ligeramente la presión.

—Eso está bien —sonrió complacido—. Ahora, dime tu nombre en primer lugar.

—Salton, Rupp Salton…

—Me suena. Estoy seguro de que has tenido que ver más de una vez con la policía de Nueva Orleáns, pero eso no interesa ahora. Dime, ¿quién es el gordo que estaba cenando hace unos momentos?

—A… Abner McScagh. Es un tipo muy rico…

—Y tiene la mente en pésimo estado. Le gusta la sangre humana. Yo le he visto beber una copa hace unos momentos.

—Oh, no, eso no es cierto. Sólo es sangre de pollo o de cordero, pero los otros le engañan.

—¿Para sacarle dinero? —preguntó Creys, perplejo por la contestación del individuo.

—Claro, ¿para qué otra cosa podría ser? Ellos dicen que coma poco y que beba un poco de sangre, para adelgazar y mantenerse fuerte, pero yo creo que cada día está más gordo.

Creys reflexionó unos instantes. Aquellas respuestas no aclaraban por completo el horrible misterio de la casa del pantano. Había muchas cosas todavía por aclarar, pero era obvio que Salton no lo sabía todo.

—¿Cómo consiguió escapar de la ciénaga? —preguntó Salton de repente.

—Tuve suerte —respondió Creys sobriamente—. Fue Wast el que preparó el falso camino, ¿no es cierto?

—Sí, lo hizo tiempo atrás… Basta cambiar de sitio unos matorrales artificiales y…

—Ya me he dado cuenta de ello; los arbustos, como son muy altos, ocultan el verdadero camino. ¿Quién cayó allí antes que yo?

Salton guardó silencio. Creys comprendió la verdad.

—Fue Jim Lomax —dijo.

El forajido seguía callado. Creys lo tomó como un mudo asentimiento a su afirmación. Sintió un vivo dolor por el amigo muerto en tan horribles circunstancias y el deseo de venganza inundó su pecho por un instante.

Pero, de pronto, observó un movimiento en su prisionero.

Salton había recobrado la pistola, aprovechando su distracción, y se disponía a utilizarla contra él.

CAPITULO XI

Los dos hombres forcejearon como bestias salvajes. Creys no podía aplicar su truco de karate, porque aunque lo hubiera hecho, no habría conseguido evitar el disparo mortal. Por ello se aferró con una mano al brazo armado de su contrincante.

En silencio, pelearon fieramente. De pronto, se oyó un ligero chasquido.

Salton se estremeció con fuerza. Un ronco gemido brotó de sus labios. Luego, empezó a relajarse.

Con cierto asombro, Creys se percató de que la pistola tenía un silenciador, por eso el disparo no había hecho apenas ruido. El cuerpo de Salton sufrió una fuerte convulsión y luego se quedó quieto.

Creys se incorporó y contempló durante unos instantes el cadáver que yacía a sus pies. Nadie parecía haberse percatado de la contienda.

De pronto, oyó un ligero ruido hacia la puerta de entrada. Se hallaba junto a una de las fachadas laterales y dedujo que alguien salía de la casa. Inmediatamente, se tiró al suelo, procurando quedar en la zona de sombra.

Dada la posición que ocupaba, no pudo ver al que salía, aunque sí agarró la pistola de Salton, dispuesto a utilizarla si era necesario. Pero nadie apareció por aquellos parajes.

Transcurrieron algunos minutos. Arriba, en la segunda planta, se oyó una risita femenina.

Hubo un momento de silencio. Luego, la voz de Virginia sonó, de un modo significativo, aunque no con demasiada fuerza:

—Quieto, tonto, que me haces cosquillas…

Creys escorzó la cabeza. Casi sobre él, se apagó la luz de una ventana.

—Ahora estarán entretenidos un buen rato —murmuró,

refiriéndose a Wast y a Virginia Hommeth.

No se oía ruido por ninguna otra parte. Por precaución, Creys aguardó todavía unos minutos.

Se incorporó una vez más. Luego, con infinito cuidado, alzó el bastidor de la ventana que tenía frente a sí.

Lentamente, evitando el menor ruido en todo momento, agarró el cadáver de Salton y lo acercó a la ventana, haciéndolo pasar a continuación por encima del antepecho. Era una especie de broma macabra que dedicaba a los habitantes de aquella infernal mansión.

Una vez estuvo dentro, corrió las cortinas y encendió la luz. Después colocó el cadáver en un sillón, a la cabecera de la mesa, sujetándolo de tal modo, que pareciera estaba sentado con toda normalidad, incluso con una copa junto a su mano derecha.

La bala había entrado por el pecho. Creys cruzó bien la chaqueta, para que vieran las manchas de sangre.

«Yo también soy escenógrafo», se dijo, mientras, con una servilleta, limpiaba unas manchas de tierra húmeda que Salton tenía en la cara…

Entre dos dedos de la mano izquierda le puso un cigarrillo. Retrocedió unos pasos y contempló su obra. Sonrió satisfecho.

—Buen chasco se llevarán cuando lo vean —murmuró.

Todo lo que había hecho tenía un claro objeto: quería dejar bien sentado que era él su autor. Esperaba que los habitantes de la casa lo comprendiesen así.

Momentos después, apagó la luz. Se asomó a la ventana.

Había luna llena. Era lo que necesitaba para caminar sin necesidad de tener que buscar una linterna. La claridad lunar sería suficiente para volver por el camino a Payneville.

Mientras andaba con paso vivo, pensó en Dinorah. La muchacha, se dijo, debía de tener los nervios a punto de estallar. Se habían separado por la mañana y eran casi las once de la noche. Era, por tanto, hora de reunirse de nuevo.

* * *

De pronto, oyó ruido a su izquierda, fuera del camino.

Había recorrido a pie cosa de kilómetro y medio, y se agazapó, pistola en mano. Una rama crujió y se agitaron algunas hojas.

Sonó una especie de gruñido animal. Un poco más allá, un

cuerpo humano cayó al suelo.

Creys se incorporó lentamente. Estaba junto a unos matorrales, que llenaban el hueco entre dos árboles de grueso tronco. Había muchos más árboles en las inmediaciones.

Al otro lado del camino, a unos treinta pasos de distancia, se veía un pequeño claro, muy iluminado por la luz de la luna. Algo se movía en el centro del claro. Se oía un extraño gluglú.

Le pareció un gigantesco animal que devoraba a su presa. Ciertamente, había un cuerpo humano en el suelo y encima un bulto colosal de color blancuzco.

Un sentimiento de repulsión invencible llenó su ánimo al comprender lo que sucedía. Aquel colosal bulto blanquecino no era otro que McScagh.

Boko surgió de repente de la espesura. Creys le vio que contemplaba la escena con morbosa satisfacción. Una vez, McScagh alzó la cabeza para mirar al gigante y Creys, horrorizado, vio que tenía los labios manchados de sangre.

¿Estaba comiéndose in vivo a su víctima?

Boko dio unos pasos más. Se inclinó y tocó con la mano el hombro del monstruoso individuo.

—Ya es suficiente —dijo.

—Un poco más, un poco más… —rogó McScagh, casi llorando.

—Mañana, otra vez, señor. Vamos, le ayudaré a levantarse.

Los fuertes brazos del gigante izaron a pulso el gelatinoso cuerpo de McScagh. Boko sacó un pañuelo y limpió los labios del gordo.

—El camino está a unos pocos pasos —indicó—. No conviene que nos vean juntos, señor.

—Sí, sí… tienes razón…

McScagh echó a andar con paso torpe y vacilante, debido al enorme peso que debían soportar unas piernas de músculos poco ejercitados. Boko quedó en el claro, en pie, contemplando satisfecho al hombre que se alejaba.

Creys continuaba en el mismo sitio, conteniendo la respiración. Al cabo de unos momentos, McScagh desapareció.

Entonces, Boko, inesperadamente, se arrojó sobre el cuerpo tendido en el suelo y pegó sus labios voraces al cuello de la víctima. La sorpresa de Creys fue mayúscula.

Pero fue algo que duró sólo un instante. Reaccionó casi de

inmediato y, olvidándose incluso de que tenía una pistola en la mano, atravesó los matorrales huracanadamente y se lanzó hacia el gigante.

Boko oyó el ruido y se incorporó un poco, alarmado. Reconoció al detective y un gruñido de fiera se escapó de sus labios, ya manchados de rojo. En el mismo instante, Creys, con la fuerza que le infundía una cólera suprema, disparaba su pie derecho.

El golpe alcanzó a Boko en un hombro, derribándolo por tierra. Rugiendo salvajemente, Boko quiso levantarse de nuevo, pero un segundo puntapié, que le alcanzó de lleno en un lado de la cabeza, lo dejó definitivamente fuera de combate.

Seguro de que ya no sería atacado, Creys se inclinó sobre la víctima. Recibió una nueva sorpresa.

Era Vylda Hansome.

Se arrodilló junto a la muchacha y, con la ayuda de su encendedor, observó los dos agujeritos que tenía en el cuello. Eran muy pequeños y parecían hechos con un instrumento especial, no con los dientes. Pero habían servido para que aquellos dos dementes le sorbieran la sangre.

Creys sacó un pañuelo y lo colocó en torno al cuello de Vylda, que respiraba con cierta debilidad. De pronto, oyó un gemido a corta distancia.

Se volvió velozmente, ahora con la pistola en la mano.

—¡Eh! ¿Quién anda ahí? —exclamó—. Conteste o haré fuego.

Para Creys, era la noche de las sorpresas. Una voz afligida dijo:

—No tire, Don; soy yo, Dinorah.

* * *

Creys se puso en pie de un salto y corrió hacia el lugar donde se hallaba la periodista. Dinorah se sentaba en el suelo en aquel momento y en su rostro había una expresión de debilidad y abatimiento.

—Pero, muchacha, ¿qué hace usted aquí? —preguntó, lleno de asombro.

—Luego… se lo contaré… Por favor, ayúdeme a levantarme. Me he desmayado, ¿sabe?

Creys recordó en aquel momento que había oído el ruido de un cuerpo al desplomarse. La explicación de Dinorah resultaba

perfectamente concordante.

Dinorah se apoyó en el hombro del joven. Entrecortadamente, empezó a hablar:

—Estaba en la ventana de mi cuarto…, en el hotel, aguardándole a usted, cuando vi a Boko entrar en la taberna, Boko salió momentos después y Vylda le siguió casi en el acto. Puesto que no sabía cuándo iba a volver usted ni tenía idea de lo que le había pasado, decidí seguir a Vylda. De pronto, al llegar a este lugar… vi una forma monstruosa que se arrojaba sobre esa pobre chica y la derribaba al suelo. Yo… yo quería hacer algo, pero el terror me tenía como paralizada… De pronto, me pareció adivinar lo que sucedía y… Bueno, ya no recuerdo más. Me desmayé…

—Ese desmayo fue un recurso de autodefensa de su mente, que se negaba a admitir la realidad —dijo Creys sentenciosamente—. Y quizá haya sido mejor así para usted; se ha ahorrado lo peor de la noche.

Ella le miró angustiada.

—Don, ¿qué le ha pasado a esa pobre chica? ¿Está muerta? —inquirió.

—No, aunque sí muy débil. Ha perdido bastante sangre… Pero yo estaba equivocado; creí que el atacado de vampirismo era McScagh y resultó que Boko también padece de esa espantosa enfermedad.

—No, no diga una cosa semejante —gimió Dinorah.

—Por desgracia, hemos de encararnos con la realidad —contestó él—. Eso es algo que no se puede disfrazar ni enmascarar.

—Sí, creo que tiene usted razón… Don, ¿ha dicho McScagh? ¿El millonario que fue procesado por sus orgías y que ha desaparecido?

—Sí, el mismo. Era ese hombre monstruosamente gordo que atacó a la pobre Vylda, Pero ya hablaremos más tarde; ahora hemos de llevar a Vylda a su casa y procurar atenderla.

Creys se acercó a la cantinera, que continuaba sumida en la inconsciencia. Le tomó el pulso y lo halló regular, aunque un poco débil.

—Creo que la pérdida de sangre no es tan grande como había supuesto —dijo, satisfecho—. De todas formas, le faltan unos centenares de centímetros cúbicos, algo así como medio litro.

—No diga esas cosas —clamó Dinorah, estremeciéndose de

horror.

—Hemos dicho que es preciso ser realistas —contestó él, a la vez que alzaba en brazos a Vylda.

Dinorah se pasó una mano por la frente.

—Perdóneme —dijo—. Creo que todavía no estoy en mis cabales… He visto tantas cosas horrorosas, que a veces dudo de mí misma.

—No se preocupe —sonrió Creys, a la vez que echaba a andar—. A mí también me sucede algo por el estilo.

Ella se volvió hacia el gigante, que continuaba caído.

—¿Qué piensa hacer con ese monstruo? —preguntó.

—Ahí se queda; ya se despertará —respondió Creys tranquilamente.

—Pero luego volverá a casa y dirá…

—No dirá nada, se lo aseguro, Dinorah. A nadie más que a Boko conviene callar lo que le ha sucedido esta noche —dijo él con firme acento.

Miró a Vylda. El pecho de la joven subía y bajaba rítmicamente. Al día siguiente se encontraría floja y casi sin fuerzas, pero era una muchacha de robusta constitución y en dos o tres días estaría completamente repuesta.

«A menos que vuelvan a buscarla», se dijo.

Pero ahora estaba completamente decidido a impedir que aquellos dementes continuaran celebrando sus orgías de sangre humana.

CAPITULO XII

Vylda continuaba inconsciente en su lecho, cubierta con una fina manta.

—Le han debido de propinar un narcótico muy fuerte —opinó Dinorah.

—Me gustaría saber cómo lo consiguen —manifestó Creys—. Pero, sobre todo, tengo un especial interés en averiguar cómo consiguen sugestionar a toda una población. Tienen que emplear algún método muy bueno, todo hay que decirlo. ¿No se le ocurre a usted ninguna idea, Dinorah?

—Si no usan nubes de gas… —contestó ella, pensando en lo que había visto la primera vez que estuvo en Payneville.

—No, nosotros resultaríamos también afectados y nos comportamos con toda normalidad. Recuerde, una vez que quisieron narcotizarnos, recurrieron a un método muy antiguo, aunque no por ello menos eficaz.

—En tal caso, no se me ocurre ninguna idea. Pero hay algo que quiero decirle, Don. Con todo lo que ha pasado, se me había olvidado por completo.

—¿De qué se trata, Dinorah?

—Hablé con usted de que iba a ir a Greensboro. No he podido.

—¿Por qué?

—La carretera está cortada por una gran zanja transversal. Un poco más allá, hay indicadores que señalan que la carretera está cerrada al tráfico por obras. Son indicadores oficiales, de modo que cuando algún automovilista quiera pasar por aquí, se encontrará con esos carteles y dará media vuelta. Y, Don, eso no es todo; también hay corte en la carretera por el lado opuesto, en la ladera oeste de la colina, de modo que no se ve desde el pueblo.

—Piensan en todo, ¿eh? —rezongó él—. ¿Consiguió averiguar los nombres de las dos personas que tenían teléfono y que

cancelaron el contrato con la compañía?

—Sí. Uno de ellos era un tal Dave Toomey, pero murió hace unos meses. El otro es Jasper Malkins, el dueño del taller de reparaciones. Sin embargo, se negó a darme explicaciones de los motivos que le habían impulsado a cancelar el contrato telefónico.

—A mí me lo dirá, se lo aseguro. Y también acabaré por averiguar cómo es posible sugestionar a toda una población, aunque hubiera una excepción. Me refiero a Caine, por supuesto.

—No me recuerde a ese desgraciado. Todavía siento frío al recordar la forma en que murió —dijo Dinorah.

—El saurio gigante o lo que sea no es sino una obra de la gran habilidad de Wast, antiguo escenógrafo y uno de los más reputados en los efectos especiales de las películas fantásticas. Pero no cabe duda de que la escena de la muerte de Caine quedó grabada de modo indeleble en la mente de todos cuantos la presenciaron, como una especie de advertencia para aquellos que intenten desobedecer las órdenes del gran amo.

—Vylda lo intentó, Don —le recordó ella.

—Sí, pero su mente estaba todavía muy influida por esa extraña narcosis. Y, a pesar de todo, cuando Boko le ordenó ir a encontrarse con McScagh, obedeció.

Dinorah volvió los ojos hacia la cantinera, que todavía continuaba sin conocimiento. De pronto, Vylda lanzó un hondo suspiro.

—Parece como si fuera a despertar —dijo Creys—. Un vaso de leche no muy caliente, con unas gotas de coñac, le sentará estupendamente.

—Iré a prepararlo ahora mismo —se ofreció Dinorah.

* * *

Ayudada por los dos jóvenes, Vylda tomó la leche poco a poco. Una leve capa de color apareció en sus mejillas minutos después.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó torpemente—, ¿por qué están ustedes en mi casa?

—Se lo explicaremos más tarde —respondió Creys—. Vylda, ¿recuerda usted que Boko vino a buscarla antes de medianoche?

—Sí, tengo una vaga idea…

—¿Le dio a beber algún líquido extraño? ¿Le arrojó algún gas al

rostro?

—No… no creo… Vino, me ordenó ir… y fui… Tuve que hacerlo; él me lo mandaba.

—¿El gran amo? —preguntó Dinorah.

—Sí.

—Pero usted podía negarse, Vylda.

—Tenía que ir… De lo contrario, Bill moriría.

Creys frunció el ceño. «La pobre no sabe que Bill Peale ha muerto», pensó.

—Vylda, ¿qué representa Peale para usted? —inquirió.

—Vamos a casarnos… Pero ellos lo tienen en su poder… Bill llamó a su amigo Jim para que le ayudase a deshacer este maleficio. Jim vino y empezó a investigar…, pero no sé qué ha sido de él. Hace tiempo que no lo veo…

—De modo que ellos tienen a Bill en su poder.

—Sí. El señor Wast lo contrató como ayudante. Bill tiene una tienda de artículos eléctricos, radio y televisión… Pero no prosperaba mucho, por eso pensamos en irnos de Payneville en cuanto nos hayamos casado. Es muy hábil, ¿sabe?

Creys adivinó en el acto el papel desempeñado por Peale en la casa del pantano. El falso monstruo debía de tener mecanismos muy delicados, para cuya construcción y conservación se necesitaba un verdadero experto. Probablemente, realizaba todos sus movimientos por impulsos de radio, dirigidos a los motores instalados en distintas partes de su cuerpo.

—Vylda, ¿qué ha oído usted del monstruo del pantano? —preguntó de súbito.

—Siempre se ha hablado aquí de ese ser —contestó la cantinera—. Se decía que existía un animal gigantesco, capaz de devorar incluso bueyes y caballos, aunque nadie lo había visto jamás.

—Pero ahora sí lo han visto, ¿verdad?

—Sí, y nos dijeron que el gran amo había conseguido domesticarlo y que le obedecía ciegamente. Nosotros debíamos obedecer al gran amo; de lo contrario, seríamos arrojados al monstruo de la laguna.

—Como Rob Caine —dijo Creys.

—Sí, en efecto.

La mano de Dinorah se apoyó en el brazo del joven.

—Don, Vylda se siente muy fatigada —indicó.

—Sí, comprendo. Pero antes quiero hacerle una pregunta. ¿Querrá contestarme, Vylda?

—Sí, señor —accedió la muchacha.

—¿Ha estado recientemente en Nueva Orleáns?

—Oh, no, señor Creys; sólo estuve una vez, cuando tenía pocos años, cuando todavía vivían mis padres. Pero ahora iremos allí, cuando nos casemos. Bill dice que es un buen lugar para ganar dinero…

Creys palmeó suavemente la mano de la muchacha.

—Descanse, Vylda —dijo—. Volveremos a vernos.

Salieron de la habitación. Payneville, sumida aún en las sombras de la noche, permanecía en silencio. Pero ya se veía una leve claridad que anunciaba el nuevo día.

—Me siento muy fatigado —dijo Creys—. Necesito dormir unas cuantas horas.

—Yo también —dijo Dinorah.

—Ciérrese con llave —aconsejó él—. Antes de abrir, cerciórese bien de que quien llama no es un enemigo.

—Lo tendré en cuenta, Don. Dígame, ¿qué opina usted de todo esto?

—Hay todavía muchas cosas confusas, llenas de complejidad. Pero de lo que ya no me cabe la menor duda es que alguien se está aprovechando de una antigua leyenda, para convertirla en una aparente realidad y aumentar así el grado de sometimiento a que están sujetos los habitantes de Payneville.

—Sí, es una excelente teoría —convino Dinorah.

—En mi opinión, hace muchísimos años, la ciénaga era aún mayor. Seguramente, abundaba más en animales salvajes que ahora. Es posible que incluso hubiese caimanes. Tal vez algún habitante de Payneville resultó devorado por los saurios. Alguno de estos reptiles, probablemente, tenía un tamaño exagerado, cuando menos, a los ojos de estos sencillos lugareños; y si ocurrió así, se debe a que, con toda seguridad, se trataría de un animal viejísimo, que había alcanzado dimensiones descomunales con el paso de los tiempos. En todo caso, de lo que no cabe duda es que los actuales habitantes de la casa del pantano se han aprovechado de la leyenda.

—¿Para qué, Don? ¿Cuál es el objeto que persiguen con tener

sometida a toda una comunidad? ¿Lo hacen solamente por satisfacer las ansias morbosas de Abner McScagh?

—Quizá, Dinorah —respondió él con voz insegura.

—Pero, bueno, en tal caso, ¿qué beneficio esperan conseguir de su plan?

Creys guardó silencio unos instantes.

Recordó cierta escena que había contemplado la víspera, desde el exterior de la casa del pantano. McScagh había dado al gigante un grueso rollo de billetes de banco.

—McScagh es un individuo que posee una gran fortuna —contestó.

—Puede que eso sea la clave de todo lo que está ocurriendo aquí —dijo Dinorah—. Pero ahora ya sabe que su amigo está muerto.

—Lamentablemente, lo hicieron caer en la trampa del pantano. Uno de los «efectos especiales» de Wast. Para éste y su amiguita, Jim Lomax se estaba convirtiendo en un tipo muy peligroso.

—Y, ¿no cree que pensarán igual de usted?

—Y de usted, Dinorah.

La joven calló de repente.

—En el juicio de McScagh se dijeron cosas horribles —murmuró al cabo de unos instantes—. Sin embargo, no se pudieron probar la mayor parte de las imputaciones. Claro que los abogados de McScagh gastaron ingentes sumas de dinero, y no es difícil presumir a dónde fueron a parar tantos billetes. Mujeres que desistían de repente de las acusaciones formuladas en un principio por testigos comprados…

Creys torció el gesto.

—Una porquería —calificó crudamente.

—Entonces, por eso se vino aquí, donde sabía no sería perseguido —dijo ella.

—Seguro. Pero no acabo de comprender cómo Wast y Virginia Hommeth consiguieron entrar en relación con ese repugnante sujeto.

—Lo averiguaremos, Don —exclamó Dinorah resueltamente.

—Sí, llegaremos al fondo del asunto, y esta vez, el dinero no salvará a McScagh ni a sus cómplices, porque no se pueden perdonar los crímenes cometidos —contestó Creys, pensando en la horrible muerte que había sufrido su amigo Jim Lomax, ahogado en

la ciénaga.

CAPITULO XIII

El hombre trabajaba indolentemente, puliendo una pieza en un torno de mecánico. Creys se apoyó en la jamba de la puerta y dijo:

—Tengo el coche averiado. ¿Puede venir a echarle un vistazo, señor Malkins?

El mecánico se volvió y dirigió a Creys una mirada escrutadora.

—¿Qué le pasa a su coche? —preguntó con escasa amabilidad.

—Si lo supiera, no habría venido a buscarle. Lo tengo frente a la cantina de Vylda. ¿Por qué no me acompaña a echarle un vistazo? Le pagaré bien, se lo aseguro.

Malkins se limpió las manos con una pelota de borra.

—Está bien, vamos allá, pero no le cobraré nada. Aquí no usamos ya el dinero —contestó.

—No les hace falta, ¿eh?

Malkins emitió un gruñido ininteligible. Creys se emparejó a su lado y los dos caminaron hacia la cantina.

Al llegar frente a la puerta, Creys se volvió hacia el mecánico.

—Primero, vamos a tomarnos una copa. Yo pago, amigo —dijo.

Malkins dudó, pero acabó por acceder.

—Vylda no le cobrará nada —rezongó.

—Bueno, yo soy forastero —sonrió Creys.

Entraron en la taberna. Malkins no pareció percatarse de que las cortinillas de las ventanas estaban corridas.

Creys cerró la puerta. Luego indicó una mesa.

—Siéntese ahí, señor Malkins —dijo—. ¿O prefiere que le llame Jasper?

—Como quiera —contestó el mecánico indiferentemente.

Creys pasó detrás del mostrador y cogió una botella y dos vasos. Luego se sentó frente a Malkins y sirvió sendas dosis.

Malkins bebió. Mientras lo hacía, Creys sacó un revólver y lo puso encima de la mesa.

—Jasper, yo no tengo dinero, pero sí un arma —dijo intencionadamente—. Sospecho que no va a contestarme, así que le diré que no admitiré ninguna negativa a mis preguntas. ¿Está claro?

El hombre no pareció amedrentarse por la actitud de Creys.

—Ese revólver no me asusta en absoluto —dijo.

—¿De veras? —Creys sonrió a la vez que cogía el arma y la apuntaba a la frente de Malkins. Levantó el gatillo y añadió—: Estamos solos, Jasper. Trate de entender lo que quiero decirle.

La nuez de Malkins subió y bajó convulsivamente.

—Escuche, yo no le he hecho ningún daño a usted… No puedo hablar, créame…

«Parece sincero», pensó Creys.

—¿Se lo impide alguien? —preguntó.

—Sí… —Malkins sudaba copiosamente—. No sé… Es una fuerza extraña… Yo quisiera liberarme de ella, pero no puedo…

«La hipnosis le domina», se dijo Creys.

Y, de pronto, se le ocurrió una idea.

—Vamos, beba otro trago —dijo, a la vez que llenaba de nuevo el vaso del mecánico.

Malkins protestó.

—Pero ya he bebido…

—Otra copa —ordenó Creys, inflexible—. Beba o apretaré el gatillo.

Malkins bebió. Creys le llenó el vaso nuevamente.

—No se preocupe por el gasto —sonrió—. ¿No dice que todos viven aquí gratuitamente?

* * *

La botella estaba ya más que mediada. Los ojos de Malkins brillaban de un modo singular.

—Jasper, ¿por qué canceló usted el contrato con la compañía telefónica? —preguntó Creys.

—Me lo ordenaron —contestó el interpelado.

—¿El gran amo?

—Sí.

—¿Personalmente?

—No… Vino Stephen… y me dijo que debía cancelar el contrato…

—Seguramente, le dijo lo mismo a Toomey, ¿no es cierto?

Malkins asintió pesadamente. Creys se mantenía serio, aunque sonreía para sí.

—A ustedes les narcotizan. ¿Cómo lo hacen? —preguntó.

—¿Nos… narcotizan? —repitió Malkins con torpe acento.

Creys se dijo que Malkins ignoraba el procedimiento empleado para adueñarse de las mentes de casi doscientas personas. Pero ya había averiguado unos cuantos datos que estimó de importancia.

—¿Otro traguito, Jasper? —sugirió.

De pronto, Malkins lanzó un gruñido y se inclinó hacia delante. Apoyó la cara en la mesa y se puso a roncar.

—Está borracho por completo —murmuró Creys, a la vez que se levantaba.

Caminó hacia el mostrador. Sujeto por un pesado cenicero de cerámica barata, dejó un billete de cinco dólares. Luego agarró otra botella y se dirigió hacia la puerta.

Momentos después, llamaba a la puerta del cuarto de Edith Caine.

La mujer apareció en el acto.

—¿Puedo servirle en algo? —preguntó.

Creys le puso la boca del revólver en el estómago.

—Retroceda y siéntese, señora —dijo.

Ella le miró muy asustada.

—Yo… No me mate, señor Creys…

—Siéntese —ordenó él perentoriamente.

Edith obedeció, con el rostro lleno de miedo. Creys puso la botella sobre una mesa.

Buscó un vaso y lo llenó.

—Beba, señora —dijo.

—No… no me gusta, señor Creys. Soy abstemia… Siempre lo he sido, se lo aseguro…

—¡Beba!

Aterrada, Edith obedeció. Tosió aparatosamente y se atragantó, pero acabó por vaciar el vaso.

Creys lo llenó por segunda vez. Edith volvió a beber.

Acto seguido, Creys agarró una silla y se sentó a horcajadas frente a ella. Edith le miraba con ojos extraviados.

—Me… me siento muy mal… —dijo, casi llorando.

—Lo comprendo, pero tenía que hacerlo —se disculpó él—. Alargue el brazo izquierdo, señora.

Edith hizo lo que le ordenaban. Creys levantó la tira de tela adhesiva que ella tenía aún puesta sobre la piel y vio la inconfundible señal de un pinchazo sobre la vena.

—¿Qué le inyectan aquí, señora? —preguntó.

—¿I… inyectar… me? —tartajeó Edith—. Todo lo contrario. ¡Me sacan la sangre!

* * *

Creys abandonó la habitación, muy trastornado.

Había llegado a pensar que algunas de las personas que vivían en Payneville eran narcotizadas mediante una inyección de alguna droga hipnótica, pero no era así.

A Edith le habían extraído sangre, ya no cabía la menor duda. Su respuesta era absolutamente sincera.

Un vivísimo sentimiento de horror invadió su mente. Entonces, lo que McScagh había bebido en la copa no era sangre de algún pollo, sino sangre humana auténtica.

Pero ¿qué clase de degeneración se había apoderado de la mente de aquel sujeto, para convertirle en un vampiro?

«Y en pleno siglo XX», se dijo, mientras salía por la puerta del hotel.

Un hombre caminaba por la calle en aquel momento. Jacobs reconoció al detective y sus ojos se dilataron por el asombro.

Creys se paró en seco. Jacobs venía de la taberna, seguro, así lo indicaba la trayectoria que seguía. Los dos hombres se contemplaron en silencio durante unos instantes.

De súbito, Jacobs echó a correr oblicuamente, a la vez que sacaba su pistola. Creys le imitó, un tanto alocadamente, sin darse cuenta de que se separaba de la puerta del hotel, al correr en sentido contrario.

Sonó el primer disparo. La bala zumbó agudamente, Creys se tiró al suelo, rodó un par de veces sobre sí mismo y disparó su revólver.

Durante unos segundos, los dos hombres se tirotearon sin conseguir otra cosa que gastar unos cuantos cartuchos. De pronto,

Jacobs quiso buscar una posición más conveniente y corrió hacia la acera del hotel.

A Creys le parecía estar viviendo una escena de película del Oeste, peleándose a tiro limpio con el «malo», en una calle desierta, con todos los vecinos contemplando el duelo tras las ventanas de sus casas. Pero lo malo del caso era que las balas eran auténticas.

Jacobs alcanzó el borde de la acera. De pronto, algo cayó de lo alto y se rompió en mil pedazos contra su cabeza.

Creys se incorporó, mientras Dinorah sacaba la mano alegremente por la ventana de su cuarto. El joven sonrió, al contemplar los fragmentos del jarrón que Dinorah había lanzado con tanta oportunidad.

Guardó el revólver y se acercó al caído. Pronto advirtió que el golpe carecía de importancia. Los fragmentos del jarrón eran muy delgados y estaba vacío en el momento del lanzamiento, por lo que Jacobs había sufrido una simple pérdida del conocimiento.

Dinorah apareció en la puerta del hotel.

—Oiga, ¿estaba ensayando para hacerse actor en películas de vaqueros? —preguntó con buen humor.

—En todo caso, la protagonista ha venido en mi ayuda, en el instante más crítico. La pistola de Jacobs tiene un alcance muy superior a mi revólver y podría haberme puesto en un aprieto.

—Pero ¿por qué le atacó, Don?

—Por dos razones: me creía muerto y me ha visto vivo. Sin duda perdió los nervios y… La otra razón es que ha visto a Malkins borracho perdido.

—¿Cómo? —Saltó Dinorah, vivamente sorprendida.

—Sí, le obligué a que se bebiera más de media botella de *bourbon*. El alcohol hizo desaparecer las inhibiciones causadas en su mente por la droga que Wast y la Hommeth suministran a todos los habitantes de Payneville. Y lo mismo le pasó a la señora Caine. Así pude conocer una serie de detalles muy interesantes.

—Es usted un tipo fenomenal —exclamó ella, admirada—. ¿Cómo se le pudo ocurrir una cosa semejante?

Creys sonrió, a la vez que se golpeaba la cabeza con el índice.

—Me estrujé los sesos, eso es todo —contestó—. El tendero tiene algunas medicinas de uso corriente, pero ninguna droga, en mi opinión, que contrarreste los efectos del narcótico. Por tanto, sólo

me quedaba la solución del *whisky*.

—Una buena solución, sin duda —convino Dinorah—, ahora, lo interesante sería saber cómo les administran la droga a doscientas personas para que todas queden narcotizadas.

Creys se encogió de hombros. Durante unos segundos, permaneció silencioso. Al otro lado de las casas y de un modo vago, divisó el cilindro elevado, sostenido por un recio entramado de vigas de madera, que era el depósito de agua de donde se surtían los habitantes de Payneville.

CAPITULO XIV

Jacobs se sentó en el suelo y se frotó la cabeza con una mano, mientras miraba perplejo a su alrededor. Vio los trozos del jarrón y comprendió lo ocurrido.

Una maldición brotó de sus labios. La pistola yacía en el suelo, a su lado, y la recogió. Sacó el cargador, casi vacío, y puso otro. Luego volvió el arma a la funda sobaquera y se puso en pie.

Recogió el sombrero, también caído, y lo sacudió contra sus piernas. Con paso inseguro, echó a andar hacia el coche, que estaba parado cerca de la taberna. Montó en el vehículo, arrancó, viró en redondo y desapareció, dejando como rastro una espesa nube de polvo.

—Bueno, menos mal que no se le ha ocurrido venir a buscarnos —dijo la muchacha.

—Vuelve a la casa del pantano, para informar de lo ocurrido —adivinó Creys—, bien, muchacha, nosotros, a nuestro trabajo.

—Sí, Don. Pero ¿qué dirá Vylda…?

—Le pagaremos el gasto, no se preocupe.

Corrieron a la taberna. Creys salió a poco con una caja de botellas de *whisky* en las manos. Dinorah llevaba también algunas botellas.

Momentos después, llegaban junto a la base del depósito elevado. Al pie del mismo, se veía una pequeña caseta.

—La bomba de elevación y los equipos de filtro y depuración —dijo Creys.

—Eso impedirá que…

—Los filtros permitirán que el alcohol disuelto en el agua pase sin obstáculos —aseguró él rotundamente—. Bien, vamos por más botellas.

La cantina quedó literalmente vacía. Luego, Creys se proveyó de una gran cesta y una cuerda.

Acto seguido, trepó por la escalera hasta lo alto del tanque de agua. Estaba protegido por una tapa cónica, con una pequeña trampilla, que levantó de inmediato.

No se molestó en destapar las botellas; simplemente, rompía el gollete contra el borde de la trampilla. Caían trozos de vidrio al interior del tanque, pero, en el peor de los casos, serían retenidos por el filtro. Creys se dijo que más tarde, los habitantes de Payneville tendrían que hacer una limpieza a fondo del tanque de agua.

Una hora más tarde, habían arrojado al interior del depósito el contenido de casi tres centenares de botellas de licor.

—Van a pescar una borrachera monumental —dijo, satisfecho, al descender al suelo.

Luego se metió en la caseta y rompió los cables del motor de la bomba.

—¿Por qué hace eso? —preguntó ella.

—El motor funciona automáticamente, elevando agua que luego es repartida a las casas por simple gravedad. No conviene que entre más agua allá arriba, porque disminuiría el grado de concentración alcohólica que hemos conseguido.

—Ah, ya entiendo. Pero cuando se acabe la que hay en el tanque…

—Pasarán sed hasta que se repare la avería, pero nadie morirá.

—Oiga, Don, ¿y no sería mejor haber ido repartiendo las botellas por las casas?

—Debe de haber algunos abstemios, como la señora Caine. Pero todos, invariablemente, toman café o té, y también hacen guisos las mujeres de este pueblo. Tarde o temprano, el alcohol anulará los efectos del narcótico.

—Nosotros también tomamos café en el desayuno —apuntó ella.

—Opino que debe de tratarse de una droga cuyos efectos son de larga duración —contestó él—. De lo contrario, nosotros también estaríamos narcotizados.

—Es decir, se la propinaron antes de nuestra llegada.

—Seguro. Todavía más: sospecho que colocan una dosis periódicamente en el tanque de agua. Esta noche, quizá, lo confirmaremos. De todas formas, usted se queda vigilando aquí. Si viene alguien, no le impida actuar, aunque ponga la droga en el

agua; ahora ya sabemos que el alcohol anula sus efectos.

—¿Adónde va usted? —preguntó ella.

—Al pantano. El monstruo mecánico construido a medias por Wast y Peale no puede estar sumergido a gran profundidad. Trataré de localizarlo.

—¿Cómo piensa destruirlo, Don?

Creys sonrió.

—He reservado una botella para Walt Mortimer, el dueño de la tienda. Seguro que tiene cohetes y petardos de feria. Haré un paquete de explosivos y lo lanzaré al agua. El estallido causará averías irreparables en el caimán gigante —aseguró—. Un día, lo sacaremos fuera y haremos ver a los lugareños que la leyenda del monstruo no es más que pura fantasía.

—Está bien, pero tenga cuidado. Puede que no haya ya caimanes; sin embargo, quedan serpientes venenosas —advirtió Dinorah.

—No se preocupe. Volveré antes de que sea de noche.

* * *

La explosión resonó sordamente. Un sucio chorro de espumas subió a lo alto.

Una cola se agitó en las aguas cenagosas. Creys sonrió al ver que el saurio mecánico quedaba inutilizado.

Se vistió y emprendió el regreso al pueblo. De pronto, vio a lo lejos a dos hombres que trotaban en dirección contraria.

De un salto, se apartó del sendero, agazapándose tras los matorrales. Boko llevaba a hombros el cuerpo inconsciente de un individuo.

Creys reconoció a Malkins, el mecánico. Jacobs caminaba junto al gigante.

Ya no le importaba impedir el secuestro. Malkins no moriría, como le había sucedido a Caine.

Cuando los dos sujetos desaparecieron, regresó al sendero y continuó la marcha. Un cuarto de hora más tarde, entraba en el hotel por la puerta trasera.

Dinorah le aguardaba impaciente en su habitación.

—Se han llevado a Malkins —dijo, apenas le vio entrar.

—Ya lo sé. Me he cruzado con ellos —contestó el joven.

—¿Y no ha hecho nada por impedirlo?

—No. Malkins ya no corre ningún peligro.

—A menos que lo asesinen en la casa…

—No. Querrán dar un escarmiento. Consideran a Malkins como un traidor y lo arrojarán a la «voracidad» del monstruo.

—Sí, parece lógico. Ah, he hablado con Vylda.

—¿Y…?

—Lo siento —dijo Dinorah—. He creído conveniente comunicarle la muerte de su prometido. Ha llorado mucho, pero no podía permitir que siguiese en la ignorancia de la verdadera situación, ahora que su mente está casi completamente despejada.

—Ha hecho bien —aprobó Creys—. ¿Qué dice la señora Caine?

—También empieza a recobrarse. Se siente muy aplanada, como puede comprender.

—¿Sabe si hay alguien más que empiece a recobrarse?

—He visto algunos corrillos en la calle. Algunos hombres, incluso, sonreían.

—Seguro que han tomado café o té, con el agua que nosotros hemos «drogado» —dijo Creys—. Ahora, si no le importa, vamos a hablar un momento con la señora Caine.

—Lo que usted diga —accedió Dinorah.

Había señales de llanto en la cara de Edith Caine, pero parecía una mujer distinta. Sus ojos, incluso, tenían un brillo que no se veía antes.

Creys habló durante unos minutos. Al fin, la comprensión entró en la mente de la mujer.

—Haré lo que usted me dice, señor Creys —contestó.

—Es por su bien, por el bien de todos, Edith —dijo el joven—. Durante muchos meses, han vivido una horrible pesadilla. Es hora ya de que vuelvan a una existencia normal, libre de la opresión a que les han tenido sometidos una cuadrilla de malvados desaprensivos.

Edith se puso en pie.

—Hablaré con unos cuantos amigos de confianza —dijo—. Ellos, a su vez, hablarán con otros y, le aseguro que seguiremos sus consejos.

—Gracias, Edith. Pero, sobre todo, una cosa: Procuren ser discretos.

—Sí, señor Creys.

Edith salió. Creys agarró a la muchacha por un brazo.

—Vamos, ahora nos toca a nosotros —dijo, resuelto.

—¿Dónde me lleva usted? —inquirió Dinorah, curiosa.

—En seguida lo sabrá.

Anochecía ya, Creys se sentía muy fatigado, pero no quería descansar. Presentía que antes del amanecer siguiente, habría dado el caso por definitivamente resuelto.

Momentos después, se hallaban en las inmediaciones del tanque de agua. Buscaron un lugar discreto y aguardaron.

Transcurrió una hora. Sonaron unos pasos cautelosos en la oscuridad.

Alguien se acercó a la escalerilla que conducía a lo alto del tanque. Colgada del cuello llevaba una pequeña bolsa de lona.

Jacobs se dispuso a trepar por la escalera. Entonces, sintió en la espalda el contacto de un objeto duro.

—Telly, si hace un solo movimiento, le mataré —amenazó Creys.

Jacobs lanzó una maldición. La pistola subió hasta su nuca.

—Cuidado —dijo el joven—. Hay una dama que le está oyendo.

—¡También ella! —rugió el forajido.

—También —exclamó Dinorah alegremente.

—Está bien —dijo Jacobs—. ¿Qué es lo que quieren de mí?

—Sólo una cosa: la bolsa que lleva colgada del cuello. Luego le dejaré marchar libre.

—Diré al señor Wast que ustedes…

—No le dirá nada —cortó Creys firmemente—. Telly, le conviene ponerse de nuestro lado. Se han cometido unos cuantos crímenes y usted ha sido cómplice de un par de asesinos. Éste es el momento de que tome partido por un bando u otro. Diga, simplemente, que ha arrojado la droga al tanque de agua, eso es todo.

Jacobs inspiró con fuerza.

—Muy bien, ya veo que no me queda otro remedio —contestó—. Pero si no quita su pistola de mi nuca, no podré descolgarme la bolsa.

—Eso está muy puesto en razón —convino Creys.

Y se separó un par de pasos del pistolero.

Jacobs elevó las manos y se sacó la correa que sostenía la bolsa. De repente, la arrojó con todas sus fuerzas al rostro del detective.

Dinorah gritó. Creys, sorprendido, vaciló y cayó de espaldas.

Jacobs sacó su pistola y apuntó al caído. Apretó el gatillo y, en el mismo momento, se produjo una extraña explosión.

El forajido emitió un feroz rugido, a la vez que se llevaba ambas manos a la garganta. Dio unos cuantos pasos, tambaleándose como un beodo, y acabó por desplomarse al suelo, arrojando torrentes de sangre por una espantosa herida que tenía en el cuello.

CAPITULO XV

El terror dejó paralizada a Dinorah, quien, durante unos segundos, se sintió incapaz de reaccionar. Creys se puso en pie y se acercó a Jacobs, cuyos movimientos eran cada vez más débiles.

—Ha caído en su propia trampa —dijo.

—Pero ¿qué le ha pasado? —preguntó ella, todavía muy desconcertada.

—Le taponé el cañón de la pistola, después de que usted lo atontó con el jarrón. Jacobs cambió el cargador, pero no se le ocurrió mirar el cañón. Al apretar el gatillo, la pistola ha reventado, eso es todo.

Dinorah sentía todavía un cierto temblorcillo en las piernas.

—¿Qué… qué pasará ahora? —preguntó—. Ellos echarán de menos a Jacobs; vendrán a buscarlo y lo encontrarán…

—Lo encontrarán aquí, desde luego, pero no tema —respondió Creys.

Se arrodilló y examinó casi al tacto la bolsa que Jacobs había traído consigo. Era de lona y dentro había otra de material plástico, que contenía una sustancia pulverulenta, cuya identidad se le antojó imposible de averiguar en aquellos instantes.

Pero no tardó en tomar una decisión. Agarró la segunda bolsa y, corriendo hacia unos arbustos cercanos, vació su contenido al pie de los mismos. Pensó que en otro momento tendría que volver a recoger la droga, pero ahora no podía perder tiempo en ello.

La bolsa de plástico quedó dentro de la de lona.

—Cuando encuentren el cadáver de Jacobs, creerán que ha vaciado la droga en el tanque de agua —dijo.

—No es mala idea —convino Dinorah—. ¿Qué haremos nosotros mientras tanto, Don?

—Escondernos y esperar —repuso él sin vacilar—. ¡Vamos! —añadió, a la vez que la agarraba por un brazo.

Abandonaron el lugar y regresaron al pueblo, que no estaba a más de doscientos metros de distancia. Era presumible que muchos habrían oído la explosión de la pistola, pero, hasta entonces, nadie había dado señales de vida.

Entraron por la puerta posterior. La señora Caine les aguardaba impaciente.

—He hablado con unos cuantos de confianza —dijo—. Ellos hablarán con los demás. Todos están de acuerdo en actuar como usted ha indicado, señor Creys.

—Gracias, Edith. ¿Cómo se sienten las personas del pueblo ahora?

—Todavía hay muchos aturdidos, incapaces de raciocinar adecuadamente. Otros, en cambio, están despejados o casi despejados. Han tomado café y té hechos con el agua que contenía el alcohol. Y están procurando que todo el mundo lo haga, incluso forzándoles a beber licor puro.

—Eso está muy bien, Edith —aprobó Creys—. Si todo el mundo actúa como yo he dicho, no le quepa duda de que antes de que amanezca estarán libres para siempre de esa pandilla de forajidos sin escrúpulos.

—Hay algo que ignoro todavía —manifestó la hotelera—. ¿Por qué lo hicieron? ¿Qué culpa teníamos nosotros de sus sucios manejos?

—Culpa, ninguna, pero vivían en un pequeño pueblo, muy aislado del mundo exterior, con una leyenda sobre un caimán gigante en la laguna del pantano y… en fin, reunían las condiciones ideales que ellos buscaban. Pero, de todas formas, ni yo mismo conozco del todo los motivos por los que hicieron una cosa semejante.

—Esta noche lo sabremos, creo —terció Dinorah—. Por cierto, y aunque sea remover el dolor que usted siente sin duda, ¿cómo pudo sublevarse su esposo? ¿Por qué a él no le afectó la droga como a los demás?

—Mi pobre Rob jamás tomaba café o té… Sólo bebía cerveza embotellada y *whisky*.

—A pesar de todo, comía platos guisados con agua procedente del depósito de las afueras —dijo Creys—. Pero es indudable que su mente resultaba menos afectada que la de otras personas y por eso

protestó cuando Boko le dio a usted la orden de ir a la casa del pantano para que le extrajeran sangre.

—¿Y Peale? ¿Qué me dice usted del pobre Bill? —inquirió Dinorah.

—Fue ayudante de Wast para construir el saurio gigante. También estaba drogado y de este modo se había convertido en uno más de la pandilla. Pero, muy probablemente, tenía en su casa apuntes o planos de los mecanismos del monstruo artificial y por eso la incendiaron.

—Muy oportunamente, por cierto —dijo la muchacha—. Sin embargo, escribió a Jim Lomax.

—Debió de hacerlo en un momento de lucidez. Pero sin duda, se enteraron de que había escrito a Lomax y ella, Virginia, fue a Nueva Orleáns para borrar cualquier rastro que hubiese podido quedar en la casa de mi amigo. Lo consiguió, ciertamente —contestó Creys, recordando el ataque sufrido mientras leía la carta escrita por Peale —. Bien, esto ya no importa ahora. Lo que interesa es…

Afuera, en la calle, se vio luz de los faros de un automóvil. Creys agarró a Dinorah por un brazo.

—Edith, nosotros vamos arriba —dijo precipitadamente—. Si le preguntan, diga que ya hemos tomado la leche narcotizada. No olvide desempeñar fielmente su papel.

—Descuide, señor Creys.

Los dos jóvenes echaron a correr escaleras arriba. Momentos más tarde, Wast entraba en el hotel.

—¿Dónde están los forasteros? —preguntó abruptamente.

—Arriba, en sus dormitorios, señor —contestó Edith con voz átona.

—¿Han cenado ya? ¿Tomaron la leche narcotizada?

—Sí, señor.

—Voy a ver…

La bocina del automóvil sonó de pronto en la calle. Wast dio media vuelta y se asomó a la puerta.

—No le entretengas —gritó Virginia—. Se nos está haciendo ya demasiado tarde.

—Bien, allá voy.

Wast cruzó la calle en cuatro zancadas y se metió dentro del coche. Entonces, Creys se arriesgó a salir de su habitación.

La cabeza de Dinorah asomó por la puerta de su dormitorio.
—¿Ha oído, Don? —preguntó.
—Todo —respondió él.
—Llegué a temer que subiera a comprobar si estábamos dormidos. Nos hubiéramos visto en un compromiso.
—Peor lo hubiera pasado él —dijo Creys ceñudamente—. Se lo digo con toda sinceridad, Dinorah.
Ella asintió. Luego, estremeciéndose de miedo, murmuró:
—Don, ¿qué va a pasar esta noche?
—No tardaremos mucho en saberlo —contestó el joven.

* * *

La procesión se movía lentamente por el sendero, iluminado por la rojiza luz de cien o más antorchas. El megáfono de la furgoneta, sobre cuyo techo giraba la bola de los destellos multicolores, atronaba la noche con incesantes alabanzas al gran amo.
Junto al mecanismo que movía el falso árbol que hacía de grúa, Virginia se sentía muy nerviosa.
—Stephen, creo que debemos acabar de una vez con esta comedia —dijo—. Ya hemos conseguido bastante; no arriesguemos lo que tenemos, que es seguro, por más dinero, que es problemático.
—A ese loco montón de grasa le sacaremos mañana otro cajón de billetes —contestó Wast—. Después, tú y yo nos largaremos a vivir felices, fuera del país, por supuesto.
—Tuviste una buena idea, pero ya es hora de que lo demos todo por terminado y nos larguemos. Me siento muy aprensiva, créeme.
—¿Lo dices por Telly? No comprendo bien lo que le ha pasado, pero dos cosas son ciertas: una, arrojó la droga en el tanque de agua. Dos, alguien nos hizo el inmenso favor de quitarlo de en medio.
—Pero ese detective… y la periodista…
—Están dormidos. Cuando despierten, nosotros nos hallaremos a muchos kilómetros de Payneville. Y, no te preocupes, no podrán seguirnos, porque antes nos encargaremos de inutilizar sus coches.
El follaje crujió en las inmediaciones.
—Cuidado, ahí viene el gordo —susurró Virginia.
Wast volvió la cabeza. A través de la espesura, divisó los enormes bultos de dos hombres que se acercaban muy despacio a la

orilla de la laguna.

Virginia salió al encuentro de McScagh y Boko. Habló con ellos brevemente y luego regresó junto a su compinche.

—Ya están listos, Stephen —informó.

—Muy bien. Aguarda aquí.

Wast se acercó a la furgoneta, metió su mano en el interior, desconectó la cinta grabada con rimbombantes frases de elogio hacia McScagh y tomó el micrófono:

—¡Atención, amigos! —dijo—. Otro traidor ha querido engañar, más que al gran amo, que os concede sus mercedes, a vosotros mismos. Vedlo ahí, atado, listo para ser entregado a la bestia que habita en la laguna. Dentro de unos momentos, y como sucedió con otros que se atrevieron igualmente a traicionar a sus convecinos, recibirá su justo castigo. ¡Miradlo bien, fijaos en él y grabad en vuestras mentes la forma en que es castigado, para que ninguno más sienta la debilidad de convertirse en traidor!

Wast hizo un gesto con la mano y Virginia presionó el interruptor que había en el falso tronco. El mecanismo de ascenso funcionó y Malkins ascendió por los aires, suspendido de una larga soga.

Acto seguido, Wast dejó el micrófono a un lado y tomó un aparato de control remoto. Aguardó unos momentos y, cuando Malkins estuvo a quince o veinte metros de la orilla y a uno o dos de distancia de la superficie de la laguna, hizo funcionar el aparato.

Pasaron algunos segundos. Wast frunció el ceño.

Tanteó los mecanismos de control. Las aguas continuaban quietas, espejeantes.

—¿Qué sucede? —exclamó Virginia, impaciente—. ¿Por qué no funciona ese trasto?

—No lo sé —respondió Wast, muy nervioso—. Voy a ver…

—Es inútil que se moleste, Stephen. El falso caimán está destruido. Yo lo inutilicé con una carga explosiva.

Wast se volvió, a la vez que lanzaba un grito de rabia.

—¡El detective!

—Cuidado, tengo una pistola en la mano —advirtió Creys.

—Y yo otra —mintió Dinorah en la oscuridad—. Eso se lo digo a usted, señora Hommeth.

Virginia no podía ver nada desde donde se encontraba, por lo

que retiró su mano del bolso. Dinorah añadió:

—Déjelo caer a sus pies y levante las manos.

Virginia obedeció. Wast hizo un poderoso esfuerzo por serenarse.

—Creys, seamos prácticos. Todavía podemos arreglarnos…

—No, amigo mío, no. Jamás podría pactar con usted y demasiado conoce los motivos. Pero, en cambio, sí puede imaginarse lo que les va a suceder a los dos.

La chirriante voz de McScagh sonó de pronto a unos pasos de distancia, entre el follaje:

—¿Qué sucede? ¿Por qué no da comienzo el espectáculo?

—Aguarde un momento, señor McScagh —exclamó Creys—. Dentro de unos instantes verá usted algo muy interesante.

CAPITULO XVI

Boko lanzó un gruñido entre dientes:

—Ese maldito detective… Tengo una cuenta pendiente con él.

—De modo que no estaban narcotizados —dijo Wast, procurando recobrar la serenidad.

—No, ni tampoco la noche en que su maldito mecanismo destrozó a Rob Caine. Lo vimos todo, Stephen.

—¿Y no han hecho nada hasta ahora? —Se asombró Virginia.

—Queríamos completar nuestras investigaciones. Nos falta muy poco para llegar al fondo del asunto.

—Si podemos ayudarles en algo… —se ofreció Virginia burlonamente.

Con el rabillo del ojo, Creys se percató de cierto movimiento entre los portadores de las antorchas. También creyó oír algunos cuchicheos, aunque tenía su atención centrada en otro asunto.

—Sí —contestó—. Simplemente, dígannos por qué lo hicieron.

Virginia, lanzó una estridente carcajada.

—¡Tonto! ¿Por qué íbamos a hacerlo, si no era por dinero? —exclamó, insultante y desafiadora a un tiempo—. Ese degenerado gordo que está ahí era nuestra solución, literalmente, una mina de billetes. Tiene deformada la mente; cree que necesita sangre humana para sobrevivir y nosotros se la proporcionábamos. ¿Lo entiende ahora?

—Imagino que la preparación de este plan les llevaría algún tiempo —dijo Creys, impasible.

—Stephen empezó a pensar algo cuando leyó las primeras noticias sobre el proceso. Yo le ayudé mucho con nuevas ideas. Visitarle y convencerle de que podría tener toda la sangre que quisiera, no nos resultó difícil. Más nos costó el lugar adecuado, pero un día, buscando un sitio conveniente, encontramos Payneville y nos enteramos de la leyenda del saurio gigante.

—Y el ingenio de Wast hizo el resto, junto con la colaboración de un par de rufianes. Virginia, le debo a usted un buen golpe en la cabeza.

—¡Ojalá hubiese sabido adivinar entonces lo que podía costarme usted! ¡Le habría pegado un tiro, en lugar de darle un simple culatazo! —respondió ella, con salvaje acento de odio.

—Ya es tarde para lamentarse —dijo Creys, sereno.

Wast dio un paso hacia él.

—Escuche, detective —exclamó—. Ese gordo realizó toda su fortuna; hay millones en billetes dentro de la casa. Vamos allí y le daré…

—No se moleste, Stephen —cortó el joven secamente—. Retroceda y levante las manos de nuevo.

En aquel momento, McScagh puso un revólver en la mano del gigante.

—Mátalo, Boko —ordenó—. Me ha estado engañando…

Wast dio otro paso hacia atrás, justo en el momento en que salía el tiro. La bala alcanzó el cráneo de Virginia, quien se desplomó, fulminada, sin lanzar un solo grito.

Por instinto, Creys disparó dos o tres veces hacia el lugar donde había visto brillar el fogonazo. Boko se llevó las manos a la garganta, gruñó algo y cayó pataleando al suelo.

En aquel mismo instante, se oyó un inmenso clamoreo.

* * *

Ciento cincuenta personas corrieron atropelladamente hacia McScagh, gritando de un modo salvaje. El gordo, aterrado, quiso huir, pero no podía moverse sin el concurso de su fiel ayudante y rodó por tierra.

—¡A él, a él! —gritaban la mayoría.

Otros vomitaban furiosas maldiciones contra el gran amo. Cien antorchas cayeron de golpe sobre aquel cuerpo, tan parecido a un gran sapo blanco, que se agitaba impotente en el suelo.

Se oyó un espantoso alarido. Horrorizada, Dinorah se sujetó la cara con las manos, mientras contemplaba el horripilante espectáculo que se desarrollaba a pocos pasos de distancia.

Unos cuantos furiosos ciudadanos de Payneville corrieron hacia Wast. El individuo se vio perdido.

Sólo tenía una salida. Tomó carrerilla y escapó en dirección a la orilla de la laguna.

—¡Alto! ¡Párese! —gritó Creys.

Pero sus llamadas no surtieron el menor efecto. Mientras corría, Stephen Wast se quitó la chaqueta y se lanzó de cabeza al agua.

Algunos le arrojaron sus antorchas, que se apagaron en el acto al entrar en contacto con el líquido. Mientras, la bola multicolor giraba, despidiendo continuos destellos, que parecían una burla macabra en aquellas circunstancias.

Wast emergió, nadando furiosamente. A Creys le pareció que conseguiría salvarse.

De repente, Wast emitió un horrible chillido. Algo tiró de él y lo hizo sumergirse en el interior de la laguna.

La escena podía verse perfectamente a la luz de las antorchas que seguían consumiendo el ya inmóvil cuerpo de McScagh. De repente, las aguas se agitaron furiosamente.

Wast volvió a aparecer. Agitaba el brazo izquierdo y hacía lo mismo con el derecho, amputado más arriba del codo. Al moverlo, despedía chorros de sangre en todas direcciones.

—¡Socorro! ¡El monstruo! —gritó—. ¡Me va a devorar!

Creys frunció el ceño. ¿Había funcionado el mortífero aparato de un modo casual, castigando así a su propio inventor?

Wast cayó de espaldas, emitiendo ronquidos inhumanos. Dos enormes mandíbulas surgieron de pronto de la superficie de las aguas y se cerraron sobre su cabeza.

Se oyó un terrible chasquido. El cuerpo decapitado de Wast se irguió con una súbita convulsión y luego desapareció definitivamente en el fondo de la laguna, al igual que el monstruo que le había dado muerte.

En la atmósfera había un repugnante hedor a carne quemada. De pronto, se oyó un terrible alarido:

—¡La casa, la casa!

Cincuenta, cien manos se precipitaron hacia las antorchas. Una enfurecida multitud se alejó a la carrera hacia la casa del pantano.

Edith Caine también llevaba una antorcha en las manos. Por un instante se detuvo junto a la pareja y les dirigió una fiera mirada:

—Seguimos sus consejos, señor Creys —dijo—. Pero también nosotros teníamos nuestro papel en este drama.

Creys guardó silencio. Edith dio media vuelta y se unió a la ululante multitud que corría hacia la casa, situada a unos quinientos metros de aquel tétrico lugar.

Minutos más tarde, una columna de fuego se elevaba a lo alto, despejando las sombras de la noche con cárdenos resplandores. Creys pasó un brazo por encima de los hombros de Dinorah.

—Volvamos a casa —dijo suavemente.

* * *

Había detectives de paisano y policías uniformados en la calle Mayor. Dinorah abandonó el hotel. Creys estaba junto a su coche, hablando con un individuo que tenía un grueso maletín en la mano.

Dinorah se acercó a la pareja. Creys hizo las presentaciones.

—Éste es el señor Lambton —dijo—. Representa a la N. W. & Th. Chemical, de Nashville, Tennessee, una entidad subvencionada por el Gobierno.

—Eso da la sensación de que hay algo relacionado con la droga que se administraba a los habitantes de Payneville —apuntó la muchacha.

—En efecto —convino Lambton—. Son experimentos que hacemos con vistas a una futura guerra química. No la deseamos, naturalmente, pero hemos de estar preparados si llegara el caso. De todas formas, la droga disuelta en el agua del tanque que abastece a Payneville no era de las más fuertes, aunque sí condiciona notablemente las mentes de quienes la ingieren.

—Pero ¿cómo la consiguieron…?

—Virginia Hommeth estuvo casada con uno de nuestros químicos y sabía algo al respecto. No le fue difícil gastar unos miles de dólares en sobornar a alguien, cuya identidad estamos a punto de averiguar —explicó Lambton.

—Eso aclara las cosas —suspiró Dinorah.

Lambton se marchó. Creys y Dinorah quedaron a solas.

Dos chiquillos pasaron corriendo junto a un perro que ladraba alegremente.

Dinorah sonrió.

—Payneville ha dejado de ser la propiedad del diablo —dijo.

—Sí, ahora tiene ya de nuevo a sus verdaderos dueños —contestó él.

Había otro ambiente en el pueblo. Se veía con toda claridad que sus moradores habían vuelto a sus ocupaciones habituales.

—Tienen que trabajar —añadió Creys—. El gran amo ya no está para dispensarles la merced de una vida gratuita, que era otra de las formas de que se servían aquellos criminales para encadenar a estas pobres gentes a su voluntad.

Con piedad, pensó en el hombre de mente enferma, del que se habían aprovechado dos desalmados sin escrúpulos. Tal vez un buen tratamiento psiquiátrico, aunque indudablemente largo y costoso, hubiese podido curar a McScagh de sus sanguinarias aberraciones y de su morboso vampirismo.

Alguien agitó una mano. Creys y Dinorah estaban ya en el coche.

Vylda corrió hacia ellos, con una maleta y un bolso en las manos.

—Me voy de este pueblo —dijo la chica—. ¿Quieren llevarme a Nueva Orleáns? He traspasado el negocio y…

—Suba, Vylda —accedió Creys.

El coche arrancó. A los pocos momentos, Vylda dijo:

—Señor Creys, ¿está seguro de haber inutilizado el monstruo mecánico?

—Por supuesto. Buceé para colocar en su panza la carga explosiva.

—Quizá algún mecanismo quedó en estado de funcionamiento —opinó Dinorah.

A Vylda no parecieron convencerle demasiado aquellas explicaciones.

—¡Hum! —dijo, escéptica.

Creys y Dinorah intercambiaron una mirada.

Ambos pensaron lo mismo: «Vylda sigue creyendo en la leyenda del saurio gigante».

* * *

Un año después, Dinorah entró en el dormitorio con la bandeja del desayuno en las manos. Era fiesta y Creys no tenía necesidad de madrugar.

—Despierta, perezoso —exclamó la joven—. Traigo noticias.

Creys se sentó bostezando en la cama.

—¿Viene ya el niño? —preguntó, a la vez que fijaba la vista en el turgente vientre de su esposa.

—¡Tonto, aún le faltan ocho o nueve semanas! Vylda acaba de llamarme. Se casa. Quiere que vayamos a la boda.

—Me parece muy bien, querida. También ella tiene derecho a ser feliz. Le haremos un buen regalo.

—Así es. Y ahora, lee el diario. Trae la segunda noticia de esta mañana.

Creys desplegó el Picayune. La segunda noticia era:

«¿HA FRACASADO LA EXPEDICION MERTON-MCROYD A PAYNEVILLE?

»Atraídos por ciertos rumores llegados a ellos acerca de la existencia de un saurio gigante, los reputados zoólogos, doctores B. T. Merton y P. Q. McRoyd se desplazaron hace unos tres meses a Payneville, junto con un notable equipo de ayudantes y material adecuado. Las investigaciones no han dado fruto hasta ahora y el caimán gigante, que en opinión de ambos científicos, debería de tener no menos de ocho metros de largo y pesar casi dos toneladas, no ha podido ser hallado. Las huellas encontradas son insuficientes y provocan todavía muchas dudas, sin que ello permita augurar un resultado con medianas posibilidades de éxito.

»El doctor Merton ha declarado a uno de nuestros redactores que la existencia del monstruo tal vez sea posible en determinadas circunstancias, una de las cuales exigiría la existencia del animal desde hace más de ciento cincuenta años, lo que explicaría sus presuntas dimensiones colosales. Se han hallado un par de cuevas subacuáticas, con restos de animales devorados, acaso por otros saurios, pero de indudable antigüedad. Las aguas de la laguna de Payneville proceden de un afluente del Mississippi y, dada la zona pantanosa en que están situadas, no resulta extraña la existencia de saurios en épocas pasadas…».

—¿Qué opinas, cariño? —preguntó Dinorah, cuando su esposo hubo terminado la lectura.

Creys estaba muy pensativo.

—Yo me sumergí en la laguna para colocar el explosivo en el punto más adecuado del falso monstruo —contestó—. Pero lo he pensado más de una vez, Dinorah.

—¿Y…?

Creys miró fijamente a su esposa.

—Sí —dijo—. Fue una suerte para mí no encontrarme con él… ¡PERO EL MONSTRUO EXISTE!

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.